ARES

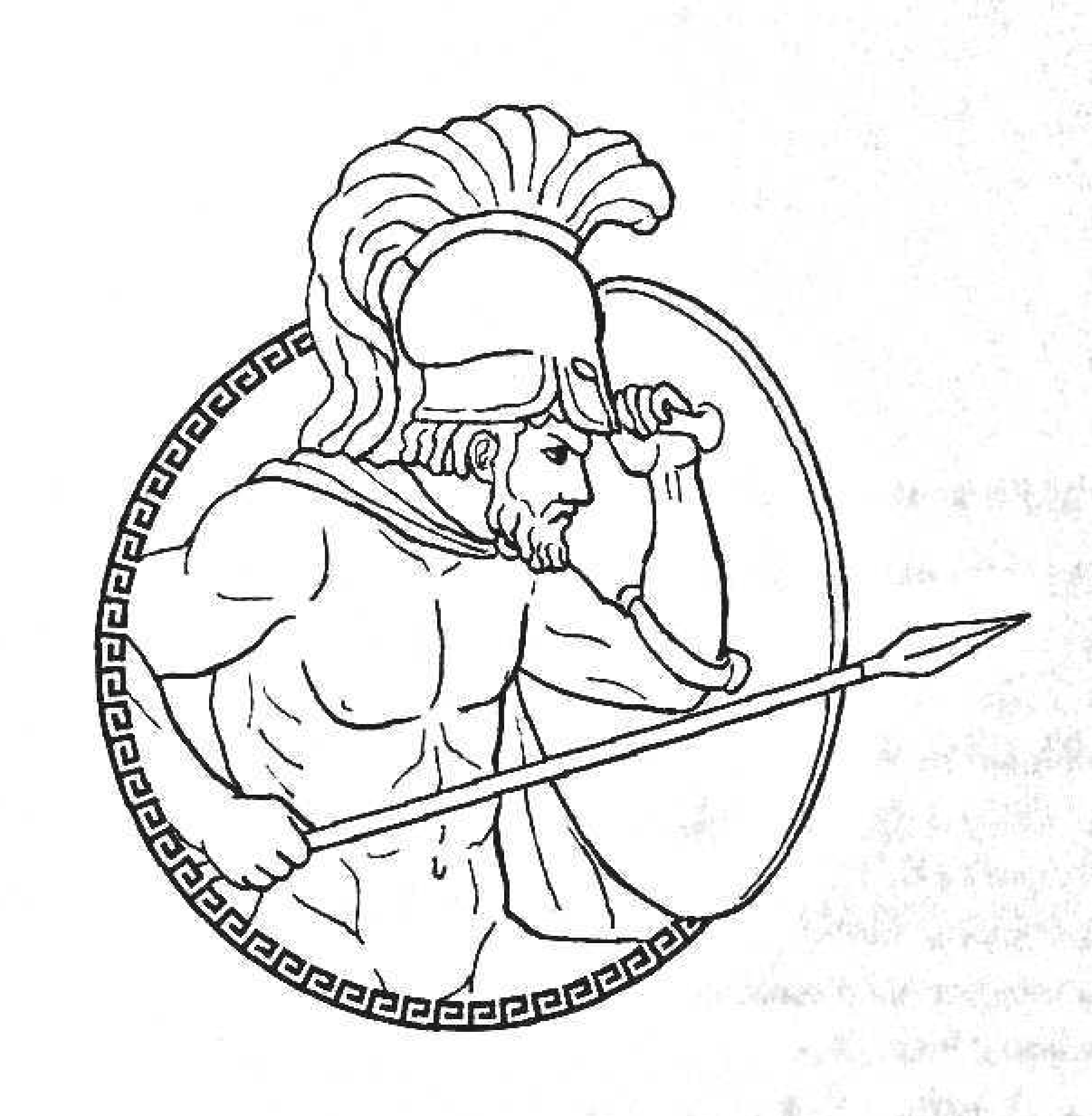
EL DEVASTADOR



GREDOS

ARES

EL DEVASTADOR



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8712-0
Depósito legal: B 7206-2017

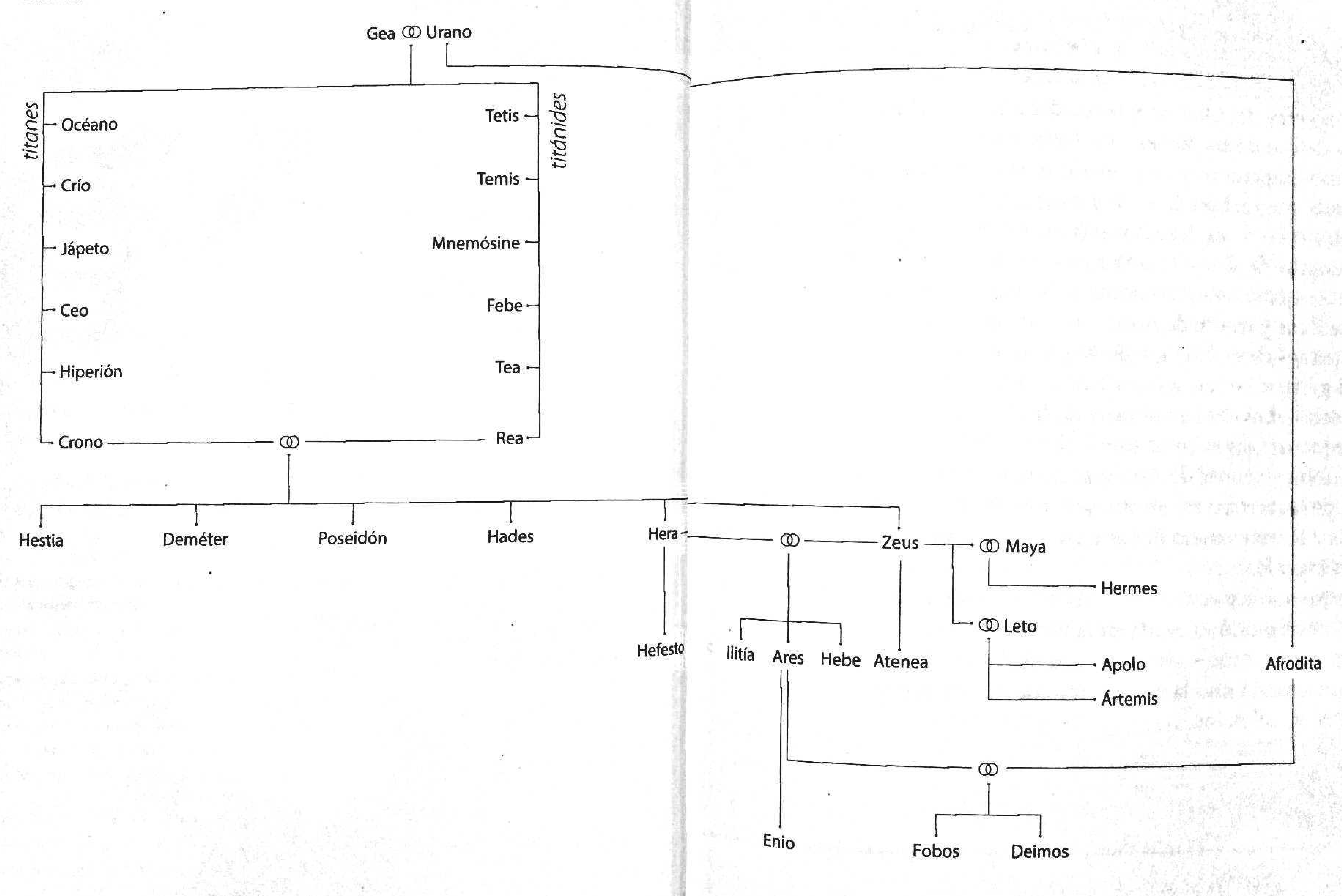
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Ares agitaba en las palmas una monstruosa pica e iba y venía, a ratos delante de Héctor y a ratos detrás. Al verlo, se estremeció Diomedes, valeroso en el grito de guerra, y, como cuando un hombre que va desvalido por una inmensa llanura se para ante el rápido cauce de un río que desemboca en el mar al ver su espuma borbollar y echa a correr hacia atrás, retrocedió.

Ilíada, Homero, canto V

Genealogía de Ares



Dramatis personae

Los dioses

Zeus – rey del Olimpo y señor del universo, el más poderoso de los dioses.

Ares – impetuoso y sanguinario dios de la crueldad en la guerra, hijo de Zeus y Hera.

Afrodita – diosa del amor y la belleza física, hija adoptiva de Zeus.

Hera – diosa del matrimonio y del matriarcado, esposa de Zeus y madre de Ares.

Atenea – diosa de la sabiduría y la estrategia, la preferida de su padre, Zeus.

Apolo – dios del equilibrio y de la música, destacado arquero.

Ártemis – gemela de Apolo, diosa virgen de la caza y de las bestias.

Hermes – mensajero de los dioses, conocido por su ingenio.

Temis – sabia y venerable titánide consejera de Zeus, a quien prestó su ayuda en la titanomaquia.

Fobos y Deimos – gemelos hijos de Ares y Afrodita, considerado uno la personificación del pánico y el otro, del dolor.

Los mortales

Brión – caudillo tracio y sacerdote-guerrero devoto de Ares.

Oto y Efialtes – gigantes, hijos bastardos de Poseidón y de la reina Ifimedia, esposa del rey Aloeo, de donde les viene el nombre de alóadas.

Eribea – vieja nodriza que cría a Oto y Efialtes a la muerte de sus padres.

Eneas – príncipe de Dardania, hijo del mortal Anquises y de la diosa Afrodita, yerno del rey Príamo de Troya.

Diomedes – príncipe de Argos, temible guerrero conocido por su audacia y rebeldía.

Aquiles – jefe del contingente de los mirmidones, tenido por el más valiente, hábil e indómito de los guerreros helenos.

Pentesilea – aguerrida reina de las amazonas, hijas de Ares.

1

Esperanzas renovadas

Una enorme águila ascendía sobre las laderas del monte Olimpo más y más alto, hasta dejar atrás sus peladas cimas y remontar a través del tormentoso cielo a una altura a la que ninguna otra ave se atrevía a volar. Alzándose sin descanso, se perdió en la inmensidad azul y abandonó el mundo de los hombres. Mucho más allá de las nubes, en otro plano de la creación, divisó el resplandor de la ciudadela celeste. Con firme propósito se dirigió al más elevado de sus edificios y se posó en la balaustrada de uno de sus grandes balcones. En tanto que recogía sus alas, se fue transfigurando, su pico se hundió en la cabeza, se iluminaron sus ojos, se recogieron sus plumas. Avanzó una garra para dar un paso y, al tocar el suelo, esta era ya un pie poderoso, musculado, el del soberano del universo, Zeus omnipotente.

Espiando a los mortales desde aquel balcón, se divertía a menudo con sus acciones y se preguntaba cuál sería su

próxima ocurrencia, pues sus vidas estaban llenas de peripecias caóticas e impredecibles. Ese día había sentido el impulso irrefrenable de descender, de posar los pies sobre el anchuroso pecho de la tierra, transformado en uno de ellos, para sentir en su interior lo mismo que ellos sentían, tan precario, tan intenso. La gran señora Hera, su legítima esposa, estaba de parto y, aunque tal cosa sin duda le producía un inmenso regocijo, también le contrariaba el humor de la parturienta durante la espera. Por ese motivo, la había dejado en las mejores manos, las de la partera Ilitía, su hija.

Se encaminaba Zeus a las estancias de su esposa a través del claustro que enmarcaba una columnata de cristal, cuando salió Ilitía a su encuentro para darle la noticia, ilusionada, correteando arrebatada por la satisfacción de haber ayudado a nacer a su hermano. Era un varón, explicó al soberano de los cielos. Juntos entraron en los aposentos de la gran señora, a la que encontraron echada en su lecho con el bebé en brazos, rodeada de alegres diosas. Dirigió ella a su esposo una mirada llena de ternura, que desprendía la calidez de un abrazo:

—Amado Zeus, este es tu hijo Ares.

El dios puso los ojos sobre él sin agitación alguna, ausente de su rostro toda muestra de la exultante felicidad de los padres cuando contemplan a sus hijos recién nacidos por primera vez. Rápidamente percibieron todos los presentes su extraña frialdad. Era un niño vigoroso y lleno de vitalidad, que agitaba brazos y piernas con ganas de lanzarse fuera del abrazo de su madre. Sin duda pensó que sería una potencia notable y que se haría sentir enérgicamente en la creación.

Disgustada por la reacción de su marido, Hera escudriñó su rostro con gesto inquisitivo. ¿Por qué había decidido ausentarse del Olimpo justamente durante el alumbramiento? Una muda sensación de incomodidad había apagado el gozo en la estancia. Siguiendo las indicaciones de la partera, las diosas que habían acudido a conocer al recién nacido fueron despidiéndose y saliendo de la estancia. Cuando los padres se quedaron solos, el bebé comenzó a llorar con estridentes gemidos. Zeus permanecía impasible. Hera aguardaba a que dijera alguna palabra. El soberano celeste no despegó los labios. Solo la madre fue capaz de callar al niño dándole el pecho.

—¿Qué regalo vas a hacer a nuestro hijo como derecho de nacimiento? —preguntó entonces.

Zeus frunció el ceño ante tal demanda. Era el mismo amor radiante que veía en su esposa por aquel bebé el que lo hacía sentirse alejado de él, casi molesto por su presencia. Comprendía que el recién nacido era inocente de las heridas que ellos dos se habían infligido con el tiempo. Pero también recordaba la facilidad con la que Hera se había deshecho de su anterior hijo, Hefesto. Ella, siempre tan firme y justa, lo había juzgado a la ligera, guiándose solo por su apariencia, pues le pareció feo y risible, sin detenerse a pensar en qué virtudes o cualidades manifestaría con el tiempo. Se separó de ellos el soberano celeste y dirigió sus pasos en dirección a la puerta. Sin volverse, antes de desaparecer de los aposentos de su divina esposa, reveló al fin el sentimiento que albergaba en su pecho:

—Es muy pronto para conocer sus virtudes y qué regalos merece.

◦◇◦

Siguiendo un impulso repentino, el pequeño Ares tocó la nieve y al instante sintió, de modo insólito, lo que parecía

una quemadura. Aquella blanca superficie carecía de la textura compacta del mármol o el metal, y semejaba un manto liso y espeso que protegía el suelo y suavizaba las escarpadas laderas de la montaña. No siempre el viento gélido que hería como acerados cuchillos azotaba aquellos bosques, sino que también a veces lucía el sol sin que ni siquiera una sola nube oscureciera su fulgor. Aquel día una brisa suave lamía los cabellos del pequeño Ares, apenas un niño, y pese a que la nieve lo circundaba, no sentía frío.

A su espalda serpenteaba un único sendero que se perdía en las cumbres, allá donde centelleaban los pabellones de oro y cristal. ¿Por qué los suyos habían escogido tan apartada residencia y preferían pasar el tiempo allí arriba, alimentándose con néctar y ambrosía, espléndidos manjares, pero indistintos? Grandes guerras habían desgarrado el cosmos, según le explicara su madre, y, si bajaban la guardia, podrían volver a hacerlo. En el extremo opuesto del universo, en el más remoto rincón del inframundo, estaba el Tártaro, un pozo clausurado por inmensos portones y vigilado por magníficos guardianes, los hermanos mayores del soberano celeste, y en cuyo fondo todavía palpitaba la nada y amenazaba con devorar el mundo.

De pronto advirtió que una luz refulgente venía por el camino. Como descendía en la dirección en la que él se encontraba, corrió hacia la espesura y se escondió detrás de unos matorrales, acechando para ver quién era el paseante. Entonces vio sus pisadas sobre al manto blanco y se sintió estúpido. Salió de nuevo para borrarlas revolviendo la nieve, mientras que la luz centelleaba muy cerca y lanzaba destellos entre los abetos. Tiempo justo tuvo para volver a su escondite antes

de ver que era su padre, Zeus omnipotente, quien se encaminaba sendero abajo con paso apresurado, haciendo que el extremo superior de su cayado despidiera centellas llenas de ira. Resoplaba y gruñía con el ceño fruncido y sus pasos veloces daban testimonio de que tenía algo urgente entre manos que además le disgustaba. Manteniéndose en el interior del bosque, el pequeño Ares fue tras él para ver adónde se dirigía.

Zeus bajó por la ladera hasta que el camino hubo desaparecido y se dirigió a la linde del bosque, donde se abría un claro que desembocaba de modo abrupto en un precipicio. No bien hubo salido al prado nevado, el gran dios alzó el cayado y, con un golpe enérgico, lo clavó en el suelo. Vio maravillado Ares desde su escondite que el cayado echaba raíces, se volvía más grueso y nudoso, brotaban de él ramas y hojas, hasta convertirse en un abeto. A todo esto, Zeus había continuado su camino hacia el borde sin mirar atrás ni un solo momento. En tanto que avanzaba, su aspecto se transfiguraba a ojos vista: se extendieron sus brazos y nacieron gruesas plumas pardas de su piel, se alargó su boca para convertirse en un pico, se volvieron más compactas sus espaldas y su cuello, sus pies se endurecieron y se convirtieron en poderosas y afiladas garras. Cuando hubo adoptado el aspecto de una gigantesca águila, se arrojó por el precipicio y se fue planeando en un grácil vuelo que estremecía todas sus plumas.

Corrió hacia allí el niño Ares arrebatado de entusiasmo al contemplar la elegancia con que su padre bajaba al mundo, donde se encontraba una imagen similar a aquella montaña, otro Olimpo, pero no celeste, sino terrenal. Desde que se

aventurara por primera vez a salir de la ciudadela celeste para recorrer sus contornos, descubrió que el Olimpo celeste estaba siempre encanecido. Mirando abajo, divisó el anchuroso pecho de la Tierra, grabado con macizos de montañas y surcado por valles, ríos y lagos. Era un mundo enorme y hermoso. Allí, le dijo su madre, habitaban las bestias sin razonamiento y los hombres, criaturas que carecían de su condición divina, eran frágiles y vivían existencias mudables. Algún día lo recorrería y conocería sus maravillas. Pero, ¿cómo hacerlo?

La nieve crujió a su espalda. Al volverse, Ares vio que avanzaba hacia él la mayor de sus hermanas, aquella que había nacido del todopoderoso Zeus sin concurso de madre alguna. No eran pocos los que decían que era la preferida de su padre por su sabiduría y su mesura. Con los salvajes bucles de su cabello refulgiendo como oro que se desparramara sobre el blanco de su túnica, al caminar sobre la nieve, la radiante Atenea era una potencia de luz cegadora. Cuando lo alcanzó, Ares tuvo que levantar la cabeza para seguir su mirada aceitunada, pues, aunque fuera divino y creciera velozmente, todavía era menudo.

—La creación vibra, henchida de vida, ¿lo sabes? —lo interrogó ella, a lo que él asintió con la cabeza, no del todo seguro de sí mismo—. ¿Sientes curiosidad por saber qué es todo eso? —Ares afirmó con un gesto vehemente. La diosa le regaló una sonrisa luminosa—. Pues ve a conocerlo —dijo sin más, y entonces, con un poderoso empellón, lo lanzó al vacío.

Cayó el pequeño dios por el despeñadero, presa del pánico, pues jamás había experimentado la sensación de que le faltara el suelo bajo los pies ni la desaparición de su propio

peso. El viento le azotaba el cuerpo, parecía que iba a arrancarle los cabellos y la túnica, lo ensordecía. Revolviéndose, logró colocarse con la cara hacia abajo. Vio entonces que se abría paso entre las nubes y que, al otro lado, se extendía una tierra que se perdía a la vista y se hacía cada vez más grande. Surcaba el cielo a toda prisa, pero había dejado de tener miedo. El viento, la velocidad, la visión del suelo que se acercaba le producían un vacío en el estómago que le daba placer, que le saturaba el interior con una emoción cosquilleante. Incapaz de contenerse, estalló en risotadas largas y profundas, inacabables, impulsadas casi de modo automático por aquella nueva sensación, y así siguió, carcajeándose, mientras bajaba por primera vez al mundo.

◇◇◇

El sol estaba a punto de alcanzar el cénit en lo alto, mientras abajo, en un frondoso bosque, el hermoso Apolo calentaba sus músculos estirando las piernas contra el grueso tronco de un árbol. El joven Ares, atlético a pesar de ser todavía inmaduro, intentaba hacer lo mismo sin que pareciera que imitaba a su hermano de mayor edad. Delante de ellos, Atenea trazaba en el suelo una marca con la punta de un venablo, al tiempo que, a su lado, cargaba una flecha en el arco Ártemis, parecida a su hermano gemelo Apolo en belleza y fuerza.

Cuando los corredores se acercaron a la línea de salida, la señora de los animales tensó el arco y apuntó al cielo. Los corredores avanzaron una pierna y encorvaron la espalda, con la mirada fija en la flecha. De súbito liberado, el proyectil salió hacia las alturas dibujando una curva muy cerrada. Apolo y Ares seguían su trayectoria con los cuerpos en

tensión, semejantes a estatuas de piedra. Tan pronto como impactó en un tronco, arrancaron a correr como si estuvieran poseídos por los vientos. Se movían como sombras entre las hojas, haciendo silbar el aire, imperceptibles para los sentidos de las criaturas mortales. El veloz Apolo movía las piernas dando zancadas muy rápidas, mientras que Ares embestía como un bisonte todo obstáculo que encontraba en su camino, dejando a su espalda una herida en el bosque de árboles tronchados, rocas partidas, tierra levantada.

El camino se estrechó hasta convertirse en una cañada por cuyo fondo transitaba un pequeño arroyuelo. Por allí se lanzaron ambos corredores, levantando en su carrera una cortina de agua. Como llegaron a rozarse por causa de lo angosto del paso, se dieron manotazos —entre risas— para intentar apartar al otro, pero tampoco de ese modo lograron entorpecerse en ningún momento. A la salida de la vaguada, el arroyo caía abruptamente por un despeñadero. Ágilmente supo Apolo tomar la curva y mantener el ritmo con sus rápidas zancadas, pero el lodo hizo resbalar a Ares, quien tuvo que detenerse repentinamente agarrándose al tronco de un árbol, que, a precio de desgajar de manera dolorosa sus raíces del suelo, lo salvó de caer por el precipicio.

Viendo que el otro se escapaba, se lanzó Ares a correr con desespero, surcando el dosel del bosque con su empuje parecido a un alud brutal. Así logró acercarse a Apolo en la recta final, de regreso al lugar del que habían partido. Ya veían a las diosas, que seguían con mirada atenta la pugna de velocidad. Los dos aplicaron todas sus fuerzas y gritaron con brío y denuedo, sin embargo, fue Ares, más pequeño y ligero, aunque sobre todo más ágil, quien fue capaz de

atrapar al otro e incluso adelantarlo cuando estaban llegando a la marca. Justo en ese instante introdujo Ares el pie en el agujero de una madriguera y se fue de bruces con horrendo estrépito. Quedó el dios tendido en el suelo y Apolo lo adelantó carcajeándose sonoramente. Ares levantó el rostro y vio, molesto, que los demás hijos de su padre se reían, alborozados, pero pronto advirtió que no era de él sino de la liebre que asomaba aterrada por su espalda y que enseguida salió huyendo.

Sin abandonar la sonrisa, Ártemis y Atenea fueron en su busca para atraparla. El animal brincaba de un lado a otro al verse acosado, y corriendo directamente hacia Apolo, hizo que este, aún resoplando, quisiera lanzarse también a por él. El escurridizo animal se les escapaba de entre las manos gracias a su agilidad innata, aunque ellos tampoco ponían empeño verdadero en cogerlo, sino que simplemente participaban del juego. Entre tanto, sin decir palabra, se había levantado Ares de su lecho accidental y observaba con mirada acerba el espectáculo de aquellas poderosas criaturas correteando atolondradamente, sin orden ni concierto. Por algún motivo, se sintió malhumorado por ello. Veía la carrera del animal e, imaginando su terror y su desespero, podía anticipar hacia dónde se dirigiría. Sentía que su propio cuerpo era el instrumento perfecto para su movimiento raudo y vigoroso: los músculos bien curtidos y torneados le conferían la fuerza y destreza que sentía palpitar en ellos. Parecía haber heredado las destacadas cualidades divinas de sus ancestros.

Como el joven dios permanecía inmóvil y en silencio, la liebre se dirigió hacia donde se encontraba sin reparar en él como una amenaza. Con una sola acción, Ares saltó sobre

ella, la atrapó con las manos desnudas y, rodando sobre su espalda, volvió a ponerse de pie. Llegaron hasta él sus hermanos, divertidos y admirados al mismo tiempo, pues pensaban todos que era loable la demostración de habilidad que acababa de hacer el que todavía era el menor de los olímpicos. Ares permanecía serio, sin aspecto de haber encontrado festivo el juego. Cuando llegaron hasta él, el semblante de los eternos cambió radicalmente y sus rostros se ensombrecieron. La liebre pendía inerte, con el espinazo desarticulado, en las manos de Ares. Apolo frunció el ceño. Ártemis, entristecida, le arrebató el animal de las manos y, dándose la vuelta, se alejó adentrándose en el bosque. Al instante se volvió también Apolo y se fue en otra dirección.

Solo Atenea y Ares quedaron frente a frente, ella más imponente, con el brillo verdemar de su mirada escrudiñando el interior de los ojos de su hermano. Para su extrañeza, le devolvían simplemente fastidio. Ares apretaba los labios y los puños y tremolaban de ira sus sienes. Le sostuvo la mirada con la cabeza erguida, porque ella era más alta, sin que la diosa aflojara lo más mínimo su intensidad. Se preguntaba su hermana mayor a qué venía aquella rabia, qué habían visto aquellos ojos, qué sentía aquel corazón. Para ella, como para muchos en el Olimpo, la verdadera naturaleza del poder que latía en el interior de Ares era todavía el más oscuro de los enigmas.

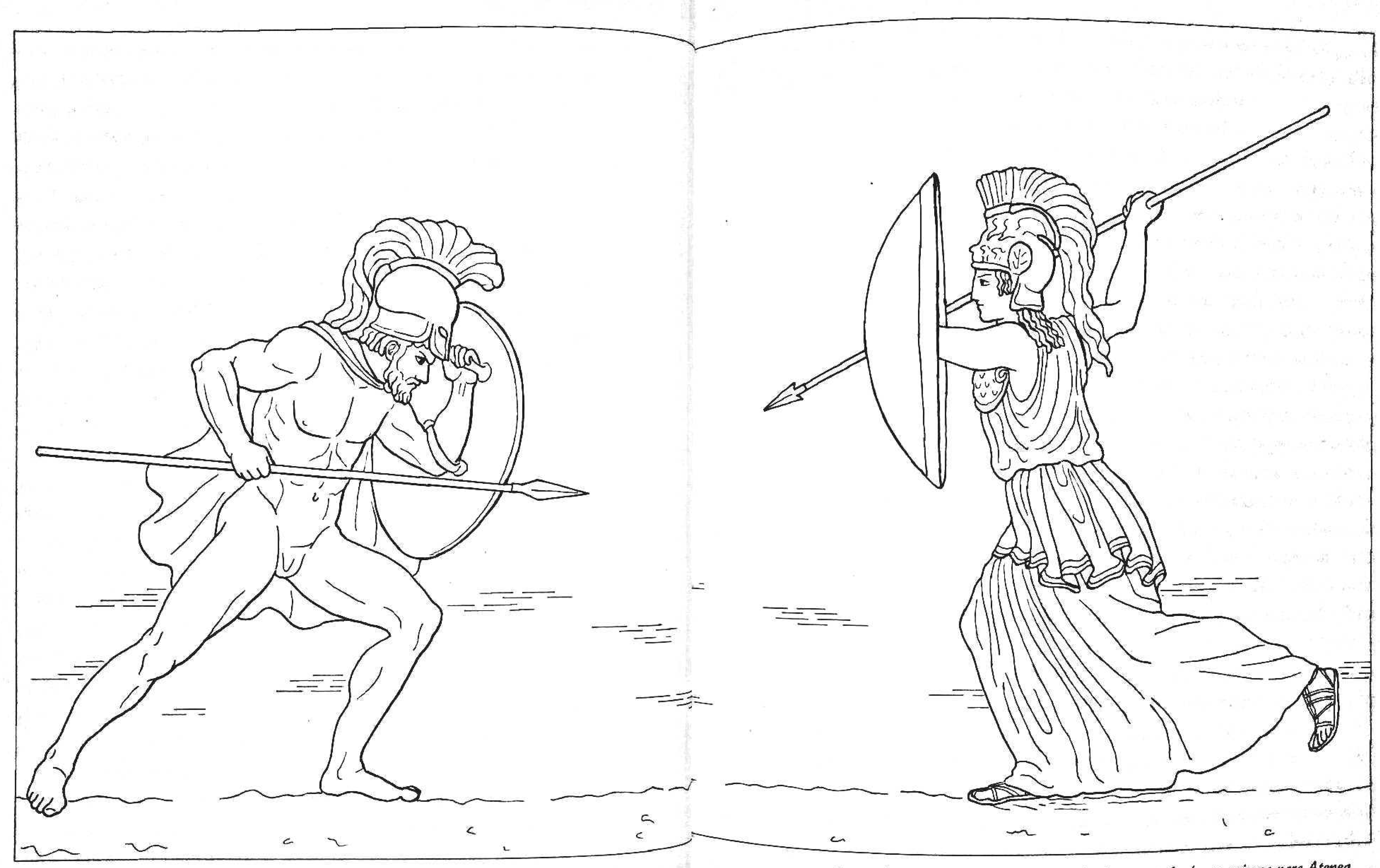
Fue él finalmente quien hizo ademán de darle la espalda de forma un tanto brusca. Ella fue a tomarlo de la mano para que no se marchara de ese modo. No pretendía reprenderlo, sino penetrar de algún modo en su interior. ¿Qué era lo que movía a su ánimo? Pero entonces, en un acto puramente reflejo,

por completo inconsciente, él le apartó el brazo con un manotazo, un golpe preñado de violencia que la disgustó al instante, pues le parecía intolerable. Iba él a darse la vuelta para alejarse y desaparecer en la espesura, pero ella no quiso dejarlo escapar, sino que lo sujetó de los brazos. La furia centelleaba en la mirada de la sabia Atenea tanto como en la del joven dios. ¿Aquel era su poder?, se preguntaba ella con el pensamiento opacado, ¿el de contaminar el ánimo de los demás? De ser así, tal vez su lugar no era el Olimpo ni su destino sentarse en el consejo de su padre, sino el inframundo, adonde iban las criaturas funestas, los infelices, los malditos, los monstruos.

Apenas sintió la presa de los dedos de su hermana mayor alrededor de sus brazos, el corazón de Ares se aceleró, la sangre toda se le removió por dentro y se le inflamó el rostro hasta que le dolieron las sienes. Ya no podía pensar, sino actuar, actuar, actuar, llevado por la rabia y la necesidad de infligir daño a su atacante. En lugar de intentar desasirse, pasó los brazos por el exterior de los de la diosa y la sujetó con fuerza. Así engarzados, separó él los pies para afianzarse y, tomando impulso, intentó lanzarla hacia un lado. Con gran sorpresa advirtió que no podía desplazarla lo más mínimo, sino que ella, bien al contrario, sabía aprovechar el mismo impulso que él le había aplicado para lanzarlo contra ese mismo lado. Voló Ares contra los árboles cercanos y, golpeándolos de costado, partió los troncos. Sobre él se desplomaron las copas, cubriéndolo al instante. La diosa rio para sus adentros.

—Eres demasiado impulsivo.

Saltaron por los aires las ramas y maderos que habían caído. Vio Atenea que el dios se levantaba con agilidad, como si



La verdadera naturaleza del poder de Ares era todavía un enigma para Atenea.

nada hubiera sucedido, y, con mirada torva, arremetía contra ella. Pensó la diosa que no le costaría esquivarlo, pues lo veía imprudente y atolondrado. Aguardó a que llegara y entonces, con un grácil movimiento, se sustrajo a su acometida y, volviéndose, intentó darle un manotazo para tirarlo al suelo. Pero él se agachó y, barriendo con el brazo, le propinó a ella una sacudida por detrás de las rodillas para hacer que las doblara. Cayó la diosa de hinojos, golpeando duramente el suelo. Vio una sombra por encima de su cabeza y, al alzar la mirada, descubrió que Ares, ciego de la rabia, alzaba el puño. ¿Sería capaz de golpearla en el suelo, de modo tan deshonroso? No asomaba en sus ojos el menor rastro de mesura.

—Pero también soy rápido y no fallo el golpe —dijo el dios.

—No importa el golpe, sino por qué se da —respondió ella, al tiempo que tomaba tierra del suelo y, levantando la mano a toda prisa, la arrojaba a la cara de su hermano.

La arena molestó a Ares, que se echó atrás escupiendo y frotándose los ojos. Como el viento se alzó Atenea y, yendo a buscarlo por detrás, le apresó los brazos a la espalda, le rodeó el cuello y le sujetó la cabeza. De tal modo inmovilizado, lo estrujó con toda su fuerza. El dios gruñó de dolor. Debido a la presión de su hermana, dejaba de llegarle el aire a los pulmones, le crujían los huesos de los brazos y la espalda, perdía la fuerza en todos los miembros.

—¿Quién eres? —murmuró ella en su oído, con los labios apretados—. Llevas la grandeza de los olímpicos, pero el caos te come las entrañas.

Ares se removió para zafarse de la presa con tal rabia que hizo tambalear a la diosa, quien tuvo que recular un paso para no caer. Atenea aumentó la presión de su abrazo hasta

extenuarlo. Como vio que jadeaba penosamente, aflojó la fuerza alrededor del cuello.

—¿Acaso nuestro padre no conquistó su trono por la fuerza? —replicó él, resoplando.

—Así fue, y el mundo pagó un alto precio por ello.

Al notar más relajado el apretón, Ares aprovechó para revolverse con violencia y por un momento estuvo a punto de liberar sus brazos. Al principio Atenea aguantó el arrebato, pero el dios, chillando de dolor y enojo, pataleó el suelo con tal encono que logró empujarla contra un enorme roble. El tronco resistió el impacto, pero sus raíces se levantaron, abriendo la tierra. Se precipitó hacia atrás el noble árbol en medio de una nube de arenisca. Todavía no se había dispersado la polvareda cuando Ares emergió de su interior, por fin libre, y, reculando, tomó distancia. Pronto salió Atenea de entre la hojarasca. Volvían a contemplarse con gesto tortuoso los dos hermanos, sangre de la misma sangre, y, aun así, irreconciliablemente opuestos. Vio ella que él tenía en la mano una sólida rama con el extremo afilado, pues aquella era la parte por donde se había desgajado del tronco, y la apretaba con tanto vigor que le trepidaba el brazo. ¿Tenía consciencia de sus actos?, se preguntaba.

—Los dioses no aman la destrucción —dijo ella.

—No pongas palabras en mi boca —respondió su hermano alzando la rama y lanzándose a por ella.

El bosque retumbó cuando una esfera reluciente creció en su corazón a la velocidad de un parpadeo y al instante siguiente estalló. Después de la explosión, la onda expansiva se alejó del epicentro en forma de anillo que sacudió las copas del dosel arbóreo al modo de una gran ola esmeralda. Despedido por

los aires desde el lugar de la detonación, un pequeño objeto se perdió en la inmensidad, describiendo un arco en el cielo.

Desde detrás de la balaustrada de su balcón, el señor del universo, Zeus omnipotente, se aferraba a su alto cayado con el ceño fruncido, mirando hacia abajo, al mundo de los mortales. En la profundidad de sus ojos, negros como la noche celeste, centelleaba la imagen de Ares cayendo al mar, donde quedó flotando, aturdido, muy lejos del bosque donde había estado jugando con sus hermanos. Se mesaba las barbas el soberano celeste en tanto que su mente insondable intentaba desentrañar el sentido de los actos de su hijo. Si bien era cierto que el comportamiento de Ares no le complacía y que muy pocos de quienes habitaban en las celestes moradas lograban comprender aquella potencia recién llegada, también tenía que admitir que le había prestado muy poca atención y que hasta ahora lo había dejado a su albur. Había llegado el momento de ocuparse de él, no le cabía la menor duda. Sin embargo, no por ello tenía la menor idea de cómo hacerlo.

◇◇◇

Con paso decidido, Ares subió por las empinadas escaleras de mármol blanco. Al final del ascenso refulgían al sol como diamantes los muros de cristal de la espléndida mansión del soberano celeste. Al recibir los rayos solares, las columnas los descomponían en múltiples arcoíris y preciosos reflejos. Entró el joven dios en una amplia antesala cuya bóveda desaparecía a la vista, sujeta por columnas que se retorcían sobre su eje como los sarmientos de la vid. El golpeteo enérgico de su calzado reverberaba en la inmensa estancia según se encaminaba él hacia las grandes puertas de oro que se alzaban al fondo.

No podía evitar congratularse, y así lo revelaba la sonrisa colmada que ya no se esforzaba por contener en su rostro. Yéndolo a buscar a sus aposentos, Hera le había comunicado la buena nueva de que su padre deseaba verlo, pues había tomado una importante determinación sobre su futuro. En busca de ese destino se apresuraba confiado, pues le parecía que para todos debía ser evidente que bullía en su interior una fuerza primordial, de intensidad equiparable a las potencias más antiguas del universo. Sentía arder en su sangre, en sus entrañas, la llama de una promesa y una enloquecedora urgencia por cumplirla. Al fin su padre le daría lo que le pertenecía por derecho propio: un lugar a su lado en la creación.

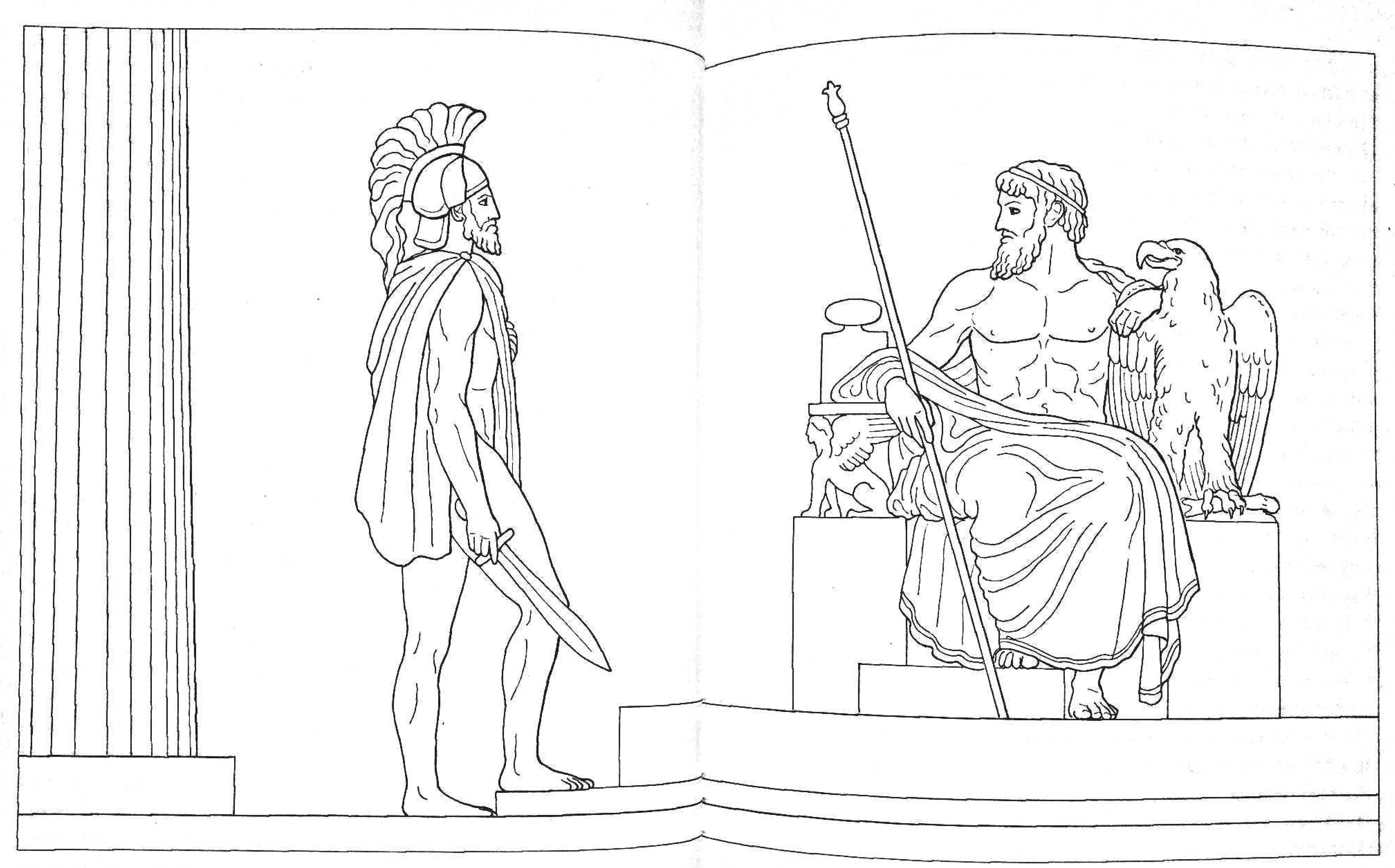
Las puertas se abrieron ante él apenas las alcanzó, de modo que pudo continuar su camino firme para penetrar en el gran salón del rey del Olimpo, donde las columnas se alzaban hasta el corazón de los cielos, repleto de luminarias. Zeus omnipotente lo observaba con atención desde su trono. Avanzó hacia él sin titubeos, pero, apenas se lanzó a atravesar el suelo de mármol, el nivel más bajo de la sala, e ir pasando a los pies de los soberbios sitiales del consejo de los olímpicos, se dio cuenta de que todos los demás dioses se hallaban ausentes y que solo su padre lo esperaba. Le pareció extraño, pues había pensado que tendría lugar una suerte de ceremonia. Se borró la sonrisa de su rostro.

Cuando llegó a los pies del trono, echó una rodilla al suelo sin dejar de mirar a su padre. Retumbó profunda la voz del monarca celestial:

—Partirás de inmediato a vivir entre mortales.

Ares torció el gesto y se levantó al instante.

—¿Te he ofendido, padre?



Las puertas se abrieron ante Ares y el dios avanzó hacia Zeus sin titubeos.

Siguió un silencio a estas palabras. Los ojos de Zeus, bajo una frente arrugada, contemplaban a su hijo desde lo alto sin inmutarse lo más mínimo. Ares oyó su respiración pesada. Dijo entonces el soberano:

—No te someto a un castigo, hijo mío, sino que te muestro el sendero que ha de llevarte a tu destino, pues ese es un lugar que todavía nadie conoce, ni siquiera tú mismo, pero que existe, porque, de lo contrario, no habrías venido a este mundo.

—¿Qué pueden saber los hombres acerca de mi destino? —protestó el joven dios.

—Una vez más he tenido que borrarlos de la faz de la tierra y volver a repoblarla con una nueva raza. Medran hoy en el mundo hombres renovados, más industriosos, más despiertos, más conscientes de nuestro poder, pero no por ello más timoratos, sino deseosos de conocernos. Los mortales temen lo inaprensible de nuestros secretos y nosotros velamos por ellos. Vive a su lado e intenta entenderlos. Si lo consigues, vuelve conmigo. Veremos qué has aprendido.

Aquellas palabras dejaron al joven dios desconcertado. ¿Acaso tenía que ganarse el derecho que poseía por nacimiento? Se alteraba su corazón, lleno de enojo; no obstante, sabía bien que no tenía sentido que provocara al señor del universo. Inclinándose para despedirse, respondió:

—Que así sea, padre Zeus —y luego se retiró apresurado.

Hondamente suspiró el soberano celeste al ver a su propio hijo desaparecer por las altas puertas, notando que un gran peso se retiraba de sus espaldas, pero no tardó en sentirse disgustado consigo mismo por su alivio. Preocupado, maldijo en silencio.

2

El bronce y la sangre

El viento le flagelaba la cara y el pecho mientras Ares galopaba enardecido a lomos de un caballo. Le parecía que no había sentido jamás un goce que pudiera superar al de dominar a un animal fuerte y bello, una bestia de poder tan magnífico como tornadizo. Los caballos lo habían cautivado desde que se pusiera a recorrer la superficie de la anchurosa tierra en busca de hombres a los que valiera la pena conocer. Al toparse con una manada salvaje, echó el ojo en el magnífico ejemplar negro como la noche cerrada y a cuya doma se aplicó con entusiasmo. Sin necesidad de palabras se entendía con el animal y el animal lo entendía a él. ¿Le sucedería lo mismo con la precaria estirpe de los hombres? Cabalgaba sin montura, a galope tendido, agarrado a la crin de su corcel como si ambos fueran una sola criatura cuyo único sentido fuera cruzar el pecho del mundo de uno a otro confín.

Al llegar a lo alto de un montículo, redujo la marcha y se apeó de su caballo para estirar las piernas y divisar el paisaje. A lo lejos se destacaban, muy visibles, una serie de columnas de humo negro que enfilaban hasta el cielo taciturnas. Un camino serpenteaba a través de los campos en aquella dirección. Volviendo a montar, azuzó al animal para dirigirse hacia allí.

A medida que se acercaba a la densa humareda, fue hallando campos de labranza que habían sido arrasados. El olor a quemado saturaba el aire; las cenizas se adherían a su rostro. Llegando a las primeras casas, aminoró la marcha. Entró en el poblado lentamente montado sobre su caballo. Los últimos rescoldos quemaban todavía en lo que habían sido las casas de la pequeña villa. Cuerpos desmembrados yacían en las calles teñidas de rojo y silenciosas como el cielo de la noche. El pueblo era una tumba.

Al pasar junto a una estrecha callejuela, vio movimiento en el suelo y se detuvo. Un campesino malherido, cubierto de sangre, empleaba su último aliento de vida para arrastrarse sin descanso, a pesar de su estado, en dirección a una casa. Ares bajó del caballo y lo siguió, sin dejar de observar su tenacidad. Cuando llegó al vano de la puerta, el moribundo echó una mirada al interior, pero entonces sus fuerzas cesaron y se derrumbó sollozando. Vio Ares, desde su espalda, que adentro yacían los cadáveres de una mujer y una niña.

Apoyándose en la puerta, el hombre lloró amargamente a sus mujeres. Ares lo observaba impasible, acercándose sin darse cuenta. Estaba convencido de que los gemidos del moribundo significaban desolación, dolor, la necesidad —incluso— del dulce alivio de la muerte, sin embargo, él no sentía nada de

todo ello al escucharlos. El hombre vio entonces la sombra del dios en el suelo y reparó en su presencia. Alzó la mirada y encontró los ojos fríos, meramente escrutadores, de Ares.

A pesar de estar totalmente quebrantado y de haberlo perdido todo, el moribundo reunió sus últimas fuerzas para alzarse y, tomando un madero, lanzarse contra el dios, ayudándose en el impulso de un bramido salvaje. Atónito, paralizado por el asombro, lo vio llegar Ares. El hombre pretendió golpearlo en la cabeza, pero él no tuvo más que poner su brazo, contra el cual se partió el arma improvisada con la facilidad con que se hubiera roto una caña. No pudo aguantar la fuerza contraria de su propio golpe el atacante y cayó de inmediato, perdidas las fuerzas, rendido. Allí mismo, en el suelo, a los pies de Ares, exhaló sus postrer suspiro y su alma voló al reino de Hades. El dios lo vio morir sin sentir compasión alguna, sino admiración. La determinación de aquel hombre no conocía límites. Había decidido consumir la escasa vida que le quedaba en volverse contra quien creía que era su enemigo, en retornar el golpe, en vengar la injusticia sufrida.

Ya no pudo apartar de su pensamiento la reacción que había presenciado, preguntándose si en ella se escondía la naturaleza humana. ¿Era posible que, de una extrema precariedad, surgiera una sublime audacia, una fortaleza que permitía alzarse sobre los propios límites? Ares volvió a montar su caballo, y, abandonando el pueblo, tomó el camino hacia las montañas, siguiendo el atardecer. Se internó en el bosque pausadamente, pensativo. Solo lo rescataba de sus cavilaciones la certeza de que había movimiento a su alrededor, en la espesura, de que alguien lo observaba o incluso lo seguía.

Quizá eran habitantes del poblado que habían logrado escapar o, bien al contrario, los asaltantes, que seguían merodeando por los alrededores; tal vez, incluso, fueran los dos, buscando unos y huyendo otros.

Al anochecer, se detuvo en un recodo en el camino, hizo una hoguera y se dispuso a pasar allí la noche. Podía continuar su camino bajo las estrellas como si fuera de día, pero ¿hasta dónde seguir? ¿En qué lugar de la tierra debería detener sus pasos? Parecía que a los mortales los agitaban cuitas ruines. ¿Eran despreciables o magníficos? Aún no lo sabía. Esperaba no tardar en descubrirlo.

◇◇◇

Había pasado toda la noche por completo inmóvil, igual que una roca del paisaje mismo. Sentado con la espalda contra un árbol, los ojos abiertos aunque perdidos en la negritud, había permanecido abismado en pensamientos impenetrables, en los cuales se mezclaban los recuerdos de lo visto con sensaciones vividas y ardorosas apetencias. Al amanecer, un estrépito de metal entrechocando y unos chillidos de dolor e imprecaciones sacaron a Ares de su trance y despertaron su atención. Volviéndose súbitamente hacia el origen del ruido, hacia el norte, se dio cuenta de que, de modo instintivo, era capaz de rastrearlo.

Corrió velozmente por el bosque, saltando sobre los troncos caídos, las rocas musgosas, alzando la hojarasca en su estela. Por efecto de una fuerza ingobernable, se sentía atraído hacia el griterío preñado de sufrimiento. Trepó por una escarpada pendiente en busca de sus alturas, desnudas de árboles. Cuando llegó arriba descubrió un llano cubierto

de verde y mullida hierba. En el centro peleaban seres mortales en dos bandos enfrentados.

Se había formado un tumulto de hombres subyugados por la ira que se afanaban buscándose unos a otros en medio del desorden ya no para eliminar al oponente, sino para causarse el daño más brutal posible. El dios caminó entre ellos con el corazón acelerado, palpitándole en la mirada, bien atento a las atrocidades que los mortales eran capaces de infligir a sus semejantes sin el menor escrúpulo, repetidamente, corriendo a la siguiente. Le aplastaba uno la cabeza a otro con una maza, abriéndole el cráneo, convertido el cerebro en una masa pulposa. Otro cortaba piernas de cuajo, brazos, manos, con una enorme hacha de leñador. Se buscaban las cabezas, el cuello, el estómago para desgarrarle las entrañas al enemigo. Ninguno podía evitar recibir cortes sangrientos, perder dedos, orejas, ojos. Intentaban protegerse el cuerpo con piezas de cuero y bronce trabajado a torpes martillazos, pero las protecciones eran precarias: cedían a los filos más mordaces y las puntas más agudas; se desplazaban del sitio a causa de la agitación de la lucha; se les rompían las correas, dejando al portador súbitamente desprotegido. Ares se maravillaba al comprobar cómo los hombres se arrebataban la vida, ese preciado don que para ellos no tenía retorno, con una levedad pasmosa. ¿Desconocían acaso su verdadera naturaleza? ¿Ignoraban su mortalidad?

Se precipitó uno de ellos hacia el dios alzando una azada, pero, al verlo de cerca, el pavor le emblanqueció el rostro, dio la vuelta y volvió por donde había venido. Ares se había ido abriendo paso entre ellos, que lo evitaban porque no parecían reconocerlo como un enemigo o tal vez lo te-

mían, y ahora se hallaba en medio del tropel. Observando con atención en derredor, advertía que allí estaban chocando hombres del campo, armados con meros instrumentos de labranza, con otros mejor pertrechados, preparados con conciencia de lo que encontrarían en el momento de la pelea, luchadores experimentados. Eran estos últimos los más fieros y, aunque se contaban en menor número, rápidamente se estaban equiparando a los otros, pues los estaban aniquilando. Mostraban desnudos los brazos y las piernas, donde la piel se veía cubierta de marcas, algunas dibujadas y otras cortadas en la carne.

Pronto vio que unos avanzaban mientras que los otros reculaban y ya había algunos incluso que salían huyendo. Le fascinaban los luchadores, pues eran salvajes y terribles, y solo con su aspecto lograban aterrorizar a los otros. Habían depurado sus movimientos y sabían cómo defenderse y atacar de manera efectiva. Sus armas estaban pensadas y construidas para un manejo fácil pero, al mismo tiempo, un resultado implacable. Las utilizaban con habilidad, pero al dios le parecía que las sentían como un mero instrumento, como algo ajeno. Sus torpezas eran risibles, pero, al verlos en acción, Ares era capaz de imaginar aquellos mismos cuerpos revestidos de divinidad, mejor cultivados, blandiendo armas de bella factura como una parte de sí mismos, no meramente peleando, sino danzando con ellas.

Ahora bien, tampoco le parecían los campesinos poco admirables. Sin tener conocimiento alguno ni plan de ninguna clase, habían echado mano de lo primero que habían encontrado —palos, hoces, hachas, azadones— y, tan solo con su coraje, habían salido al campo a defender lo propio y se echaban

en brazos de la muerte sin vacilaciones, porque protegían su casa y a sus seres más queridos. Su fuerza nacía de la desesperación y de la ignorancia de lo que iban a encontrar cuando se enfrentaran al enemigo. Fiereza contra valentía.

Dos de aquellos luchadores acosaban por ambos lados a un aldeano, que no podía más que ir retrocediendo al tiempo que intentaba mantener los tajos empapados de sangre a distancia con los movimientos cimbreantes de un bastón. Detrás de ellos fue Ares, examinando con atención los sentimientos que movían a cada uno. Pálido y sudoroso, falto de aire en el pecho, el campesino se sabía perdido, pero no por ello estaba dispuesto a entregarse sin hacer pagar a sus atacantes el máximo precio que le fuera posible. A los otros, sin embargo, los movía un ánimo sombrío, una especie de exaltación que provenía del arma que tenían en las manos. Aquel instrumento era el cetro que les daba el poder de perdonar la vida o dar la muerte, y, de tal modo, se convertía en la llave de la cancela en cuyo interior estaban confinados los sentimientos más herméticos de cada ser humano. Con esa llave en la mano, la puerta de aquellos dos guerreros había quedado abierta de par en par y habían escapado de sus adentros para campar por el mundo los monstruos del caos, heraldos de la nada.

Al topar con los cuerpos caídos en la refriega, fue incapaz el campesino de seguir reculando y tuvo de sujetarse con el bastón para no perder pie. Escaso tiempo tardaron los otros en asaltarlo para atestarle el golpe final: en tanto que uno de ellos lo acometía por un lado, alcanzándolo en los riñones con su bronce, llegaba el otro por detrás y, tirándole del cabello para echarle la cabeza hacia atrás, le pasaba el filo por la

garganta. Se abrieron la piel y la carne en un suspiro y, como un río que desbordase de súbito sus contenciones, manó sangre oscura a borbotones por la herida, bañando el pecho de la víctima, que cayó de bruces. Hasta él se acercó Ares para mirar en el interior de sus ojos, cuyo brillo se extinguía por momentos. Oyó su último suspiro, un luctuoso jadeo, y presenció lo que ninguno de los mortales podía apreciar: un brillo extrañamente opaco, como una doble imagen, recubría todo el cuerpo, cuya forma replicaba con precisión; poco a poco se separaba de él convertido en una sombra que flotaba por separado, recreando perfectamente la efigie del fallecido, y se iba levitando sobre el suelo al modo de una bruma que viniera del mar.

Cuando el cadáver cayó al suelo y quedó extendido, Ares se alzó, ensimismado, cavilando sobre todo lo que estaba averiguando. Entonces halló ante sí las miradas montaraces de los dos guerreros. Finalmente había sido advertida su presencia.

Cegados por su impulso ejecutor, fueron hacia él intentando también rodearlo. El primero arremetió con la espada en alto, echando todo el cuerpo adelante de manera imprudente, tal vez convencido de que aquel oponente era tan inofensivo como los demás. Cuando bajó el arma en busca del pecho de Ares, el dios no tuvo más que dar un paso hacia un lado para sustraerse a ella y, como vio que tenía los pies del atacante a su alcance, alargó la pierna y fácilmente lo hizo tropezar y caer. Ya descendía sobre su cabeza el filo de la otra arma, más pesada y cortante. Ares detuvo el golpe interponiendo el brazo. El arma se encajó en su carne. Sintió el dios su mordisco, seguido de un calor que le recorrió todo el cuerpo y lo dejó conturbado. Al extraer su atacante la espada, brotó de la herida un líquido espeso, dorado y brillante, que fluía muy densamente. Con cada borbollón volvía el estremecimiento a agitarlo de la cabeza a los pies. Entonces sucedió que, en lugar de causarle desasosiego, aquel sentimiento se instaló en su pecho y allí se volvió más intenso, más feroz, y, haciendo presa de su corazón, lo puso en movimiento frenético. Un ímpetu vigorizador emanó de él, extendiéndose a través de los huesos, las venas y los músculos del dios. Sus ojos refulgieron con una intensidad desconocida, que tenía algo de oscuro. Cuando condujo esa mirada torva hacia el hombre que lo había herido, quedó este tan horrorizado que el color huyó de su rostro al instante. El puño de Ares salió disparado hacia su pecho y, al alcanzarlo, crujieron el esternón y las costillas tan duramente, hundidos hasta aplastar los pulmones, que todos los que luchaban alrededor se volvieron hacia allí, espantados. Voló de espaldas hacia atrás el guerrero por encima de los contendientes, que lo vieron pasar sobre sus cabezas.

Un griterío inextinguible se alzó en busca del sol que oprimía aquel prado verdoso. Muchos detenían su lucha y, mirando en derredor, por todas partes veían, sin acabar de comprender el significado de los acontecimientos, que saltaban por los aires miembros cercenados —brazos, cabezas, piernas—, órganos del cuerpo, fragmentos informes de seres humanos, implacablemente desgajados por efecto de los brazos más poderosos que jamás conocieran, que, armados con broncíneas armas de filo que destellaban al sol, segaban la carne y los huesos con la dicha de un labrador que recorriera el surco de trigo haciendo caer sus brazadas. Se preguntaban los guerreros quiénes de los suyos serían aquellos,

convencidos de que tal fuerza solo podía estar de su bando, mientras que los aldeanos desesperaban y se veían ya por completo aniquilados.

A medida que el campo fue despejándose y la hierba se fue cubriendo de cuerpos, ahogada por la sangre, fue el sentir dando la vuelta, pues parecía que cada vez quedaban en pie menos guerreros y, sin embargo, se veían más campesinos, que se iban concentrando en lo más feroz de la batalla. Pronto los guerreros se dieron cuenta de que les costaba verse unos a otros y de que estaban rodeados de enemigos. Por ello fueron dejando de batirse y empezaron a buscarse, desesperados. Los últimos de ellos acabaron espalda contra espalda en el centro de un círculo de campesinos que se cerraba a su alrededor. ¿Qué había sucedido?, se preguntaban los salvajes guerreros mirándose unos a otros con gesto extraviado, apiñados, con las armas interpuestas hacia las herramientas de cultivo que los amenazaban toscamente.

El círculo detuvo su avance y allí dentro quedaron atrapados los luchadores. Algunos daban un paso al frente y, bramando como osos enloquecidos, causaban un pavor momentáneo en los aldeanos, que no parecían saber cómo resolver la situación. Ninguno se atrevía a atacar, unos por desconocimiento y falta de iniciativa, y los otros porque, siendo muchos menos en número, sabían que, si se dispersaban, se debilitarían. Entonces se abrió el círculo para dejar paso a una presencia imponente: un joven nervudo, algo más alto que los demás, de complexión no muy voluminosa pero de aspecto duro, se diría que metálico, con unos músculos comprimidos que estaban surcados de venas hinchadas y parecían ser el mecanismo de un ingenio con potencia capaz de

reventar la roca de una montaña. Roja sangre le bañaba los brazos, el torso y la cara, en medio de la cual destellaban dos ojos inhumanos. Blandía en una mano un hacha de doble filo que goteaba denso bermellón y en la otra sostenía la espada larga y compacta que había arrebatado a su primera víctima. ¿Quién era ese ser? ¿De dónde había venido? Olvidando los demás peligros, los últimos salvajes se apelotonaron frente a él con sus filos tremolantes en alto.

Al verlos dispuestos para la última defensa, Ares se mostró complacido. La máscara sangrienta que era su rostro se abrió para dibujar una sonrisa brillante, llena de dientes, la mueca tortuosa de un león famélico. Se lanzó a por ellos y, mientras se entregaba con pasión a la carnicería, parecía que iba a quebrársele el pecho con las carcajadas que lo sacudían. Tirándose al suelo de rodillas, los aldeanos se postraron ante el dios que los había favorecido, aunque fueron muchos quienes agacharon la cabeza y se taparon los oídos, incapaces de soportar la visión de aquellos actos y de escuchar los aullidos desgarrados de las víctimas, porque en sus voces resonaba su propio tormento, el que es propio de los mortales.

◇◇◇

Con los primeros fríos, el velo de la bruma cubría el bosque con un manto blanco y espeso que lo dejaba paralizado, carente de vida. Solo el fragor de la hojarasca removido por decenas de pies se oía en medio de la quietud. La comitiva avanzaba caminando ceremoniosamente y a sus miembros les costaba ver más allá de los troncos espigados de las hayas que flanqueaban el sendero. Parecía que ellos eran los únicos seres que quedaban vivos en el boscaje. Iban armados con

espadas de diseño afinado, que llevaban en fundas que colgaban de correas atravesadas en el torso, y cada uno de ellos portaba una lanza de afilada punta de bronce, larga y compacta como jamás se había visto sobre la Tierra. Todo esto los distinguía, ciertamente, aunque destacaban mucho más por la cruenta cicatriz que tenían en el antebrazo, situada en el mismo lugar donde el dios Ares había recibido su herida al detener la espada atacante en la pelea del llano herboso.

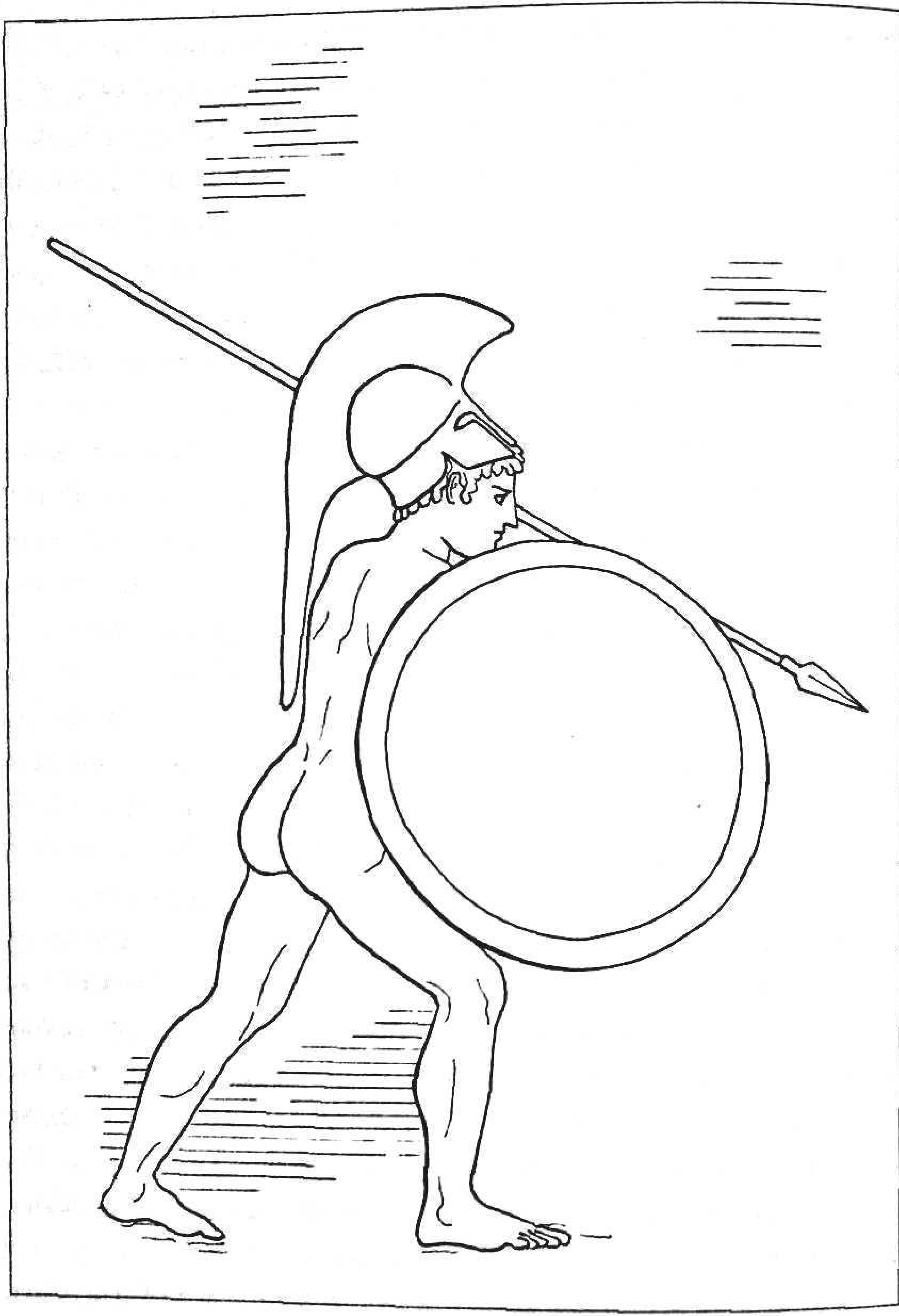
Llegando al prado que se extendía ante la pared de roca, los hombres se distribuyeron alrededor del altar. En la piedra, que ascendía cortada a pico hasta la cumbre de la montaña, se abría, sesgada, la boca de una gruta semejante a un tajo doloroso infligido por un arma con ánimo de muerte. En lo alto de la entrada pendía una espada de bronce bien pulimentada, de firme empuñadura rematada con un pomo, el mismo estilo de arma llevado a la perfección que portaban los hombres de la comitiva.

Arrastraron hasta el altar a un guerrero maniatado, uno de aquellos salvajes que llevaban los brazos desnudos para mostrar las pinturas que adornaban su piel y que venían del norte, según habían podido averiguar. Viendo que su destino era inexorable, el norteño intentó revolverse, pero sus captores lo tenían bien sujeto. Lo arrodillaron ante el altar —un pedrusco alargado, tumbado sobre un podio— y luego, alzando las manos a los cielos, invocaron al unísono a su dios protector con voces graves, roncas, curtidas. Estando en ello, se destacó su caudillo, Brión. Apenas sacó la espada, sus hombres echaron hacia delante la cabeza del guerrero pintado para colocarla por encima el altar. Allí mismo le pasó el jefe el hierro por el cuello de manera que su sangre manó sobre la roca.

Se redoblaban las invocaciones mientras el líquido de la vida anegaba la piedra y rebosaba por los costados hasta mojar la tierra. Entre estertores vio el norteño que una figura imponente se movía en la oscuridad de la gruta. Atravesando los jirones de niebla que reptaban por el suelo, emergió el divino Ares con gesto complacido, llegó hasta el altar, se empapó dos dedos con la sangre aún caliente y dibujó con ella una línea transversal en su antebrazo —totalmente limpio de marca alguna— allá donde todos tenían la cicatriz.

Estallaron en vítores todos los presentes, mientras el dios los miraba uno por uno y recordaba sus rostros en el día de la lucha en el llano. El primero en unirse a él en el combate, codo con codo, había sido Brión, el más bravo de todos ellos. Después de la pelea, muchos habían vuelto a sus casas y sus cultivos, pero alrededor de Brión se había reunido un puñado de hombres valerosos que decidieron abandonar el azadón para adoptar el camino de las armas. Retirándose a vivir al bosque, se habían convertido en sus más cercanos, su guardia personal. Ellos procuraban que, en todas las poblaciones circundantes, todos los clanes, que de algún modo u otro estaban relacionados por lazos de familia, le guardaran el debido respeto, le hicieran sacrificios, veneraran a su salvador. Por su parte, el dios les había enseñado a luchar, los había endurecido, había enmendado sus toscas armas para hacerlas superiores a las de sus enemigos, los había convertido en guerreros temibles. Ya no recibían ataques los pueblos de aquellos valles, pues era conocido por doquier que su gente sabía defenderse y era un contrincante invencible.

Era aquella una región de tierra áspera y clima rudo, plagada de tribus, algunas muy poco civilizadas, que a menudo



Un puñado de valerosos hombres abandonó el azadón para empuñar las armas.

entraban en conflicto. Quizá había sido justamente su dureza aquello que había cautivado a Ares. Aquel lugar se le antojaba el absoluto opuesto a las cómodas y lujosas estancias de la ciudadela celeste. La vida acomodada de los olímpicos le parecía ridícula en comparación con el esfuerzo y el ingenio constante que tenían que emplear los mortales solo para mantener su existencia. Había decidido que eran magníficos y aborrecibles a la vez, porque en muchas ocasiones había visto que eran capaces de lo más sublime y de lo más ruin al mismo tiempo. Había aprendido sus diferentes maneras de hablar, sus distintas costumbres, el porqué de sus rivalidades, qué los impulsaba a buscar el choque para salir adelante. Había aprendido a apreciarlos más por sus defectos que por sus virtudes, porque estas lo aburrían y aquellos lo conmovían.

Cuando la víctima hubo exhalado su último suspiro, la dejaron en el suelo. En ese momento, Brión ascendió los pocos pasos que lo separaban del dios y se hincó de rodillas ante él, mirándolo desde abajo. Descendiendo la mirada hacia él, Ares vio la cólera que centelleaba en sus ojos y sintió la misma ansia que el caudillo albergaba en su pecho. En aquella jornada aciaga en la que se conocieron, Brión había perdido todo lo que más quería y, desde entonces, el fuego de la venganza era la única fuerza que lo movía. Durante largo tiempo había estado rastreando el origen de los incursores que le arrebataron la luz de sus días.

—Son gente de la tribu de los odrisios y tienen sus moradas al otro lado del río que se conoce como Hebro, a los pies de las montañas a las que llaman «antiguas».

Ares frunció el ceño a la vez que sonreía, y, llevando ese gesto avieso a todos los presentes, bramó:

—¡Que cada uno afile su lanza y su espada y que prepare su escudo, apercibiéndose para la lucha! Ni el más breve descanso ha de haber siquiera para nuestros brazos hasta que la infausta noche de la muerte ahogue con gritos de horror a nuestros enemigos.

Levantando las lanzas, rugieron todos los presentes hacia los cielos, poseídos por la exaltación y rabia. El día de la venganza había llegado.

◇◇◇

Con el azafranado velo del amanecer intuyéndose detrás de los picos de las montañas, una corpulenta figura asomó su silueta en lo alto de la colina. Ares observaba cómo avanzaban, ocultos por las sombras de los bosques, los hombres que con tanto afán habían entrenado en dirección al poblado de los odrisios, que tiempo atrás habían quemado sus casas, arrasado sus campos y violado a sus mujeres.

¿De qué eran capaces aquellos hombres en nombre de la venganza? ¿A qué los llevaría su dolor? A menudo, cuando departía junto con el jefe Brión, le parecía que el mortal estaba convencido de que la muerte de los asesinos de su familia le devolvería la felicidad que había perdido. ¿Tal cosa sería posible?

Casi al mismo tiempo, los distintos grupos alcanzaron las puertas de la villa y acuchillaron en silencio a los guardianes, cuyas pinturas y aspecto feroz ya no producían temor alguno a los sureños. Pronto corrían ya por las calles adormecidas, prendían fuego a la paja de los establos y los tejados de las sencillas construcciones, pasaban a espada a los primeros que asomaban fuera de sus casas. No bien se hubo alzado,

crepitante, la furia de las llamas y se oyeron los chillidos de las víctimas, saltó la alerta, que corrió a lo largo de todo el pueblo.

Salieron los defensores de sus moradas sin tiempo de prepararse adecuadamente, pertrechados con armas que resultaban toscas, primitivas, frente a las de los atacantes. Las espadas del sur eran más sólidas y cortantes, estaban mejor forjadas y eran más pulidas, podían sujetarse con más fuerza y moverse más ágilmente. Quebrantaban el filo tosco de las otras a los pocos golpes, dejaban maltrechos los escudos y las corazas, partían el cuero endurecido, tajaban la carne como si penetraran en el agua y quebrantaban los huesos con espantosos crujidos. Cuando había espacio para manejarlas en plazas o espacios abiertos, empleaban también los sureños las lanzas tal como les había enseñado el divino Ares. Firmemente sujeta la pica con ambas manos, disparaban la punta adelante en busca del otro sin necesidad de acercarse. Con su poderosa punzada le penetraban en el vientre, dejándolo tumbado entre inefables dolores, o le traspasaban el pecho, perforándole el corazón o los pulmones de modo que la muerte era inmediata.

Cuando el primer rayo de sol asomó por encima de las montañas, corría la sangre odrisia por todo el pueblo y los defensores eran cada vez menos. Entonces vislumbró Ares desde su atalaya que los hombres de Brión sacaban de sus escondrijos a las mujeres, a los niños y a los ancianos. Comprendiendo el curso que estaban tomando los acontecimientos, Ares sintió curiosidad y decidió descender hasta el lugar para intentar entender la conmoción que trastornaba el ánimo de los vengadores. Caminó por las calles en llamas,

entre los cadáveres y la sangre. Estaban los de Brión como sumidos en un trance, embebidos de violencia. Así, degollaban a los inocentes donde los hallaban, ignorando las súplicas de sus madres. Ni siquiera a los viejos les concedieron una muerte digna, sino que, echándolos al suelo de rodillas, traspasaban el pecho de unos, decapitaban a otros. Luego, excitados por la sangre, arrastraban a las mujeres que encontraban de su gusto a lugares ocultos, de los que escapaban gritos y golpes que después enmudecían.

El dios encontró a Brión en la gran plaza que se abría en el centro del poblado, sentado en un altar a cuyos pies se amontonaban los cadáveres pintados. Encorvado de espaldas, mantenía la cabeza agachada como si la ocultase, con el filo de la espada entre los brazos y la empuñadura apoyada en el hombro. A medida que se acercaba, observó Ares que sollozaba amargamente. Conmovido, apenas llegó hasta él avanzó la mano con intención de confortarlo, pero el caudillo reparó en ello y, alzando una mirada arrasada por las lágrimas, se echó atrás bruscamente para evitar su contacto, con el rostro descompuesto por el odio. Cayó la espada al suelo con metálico estrépito en tanto que Brión, de rodillas sobre el altar, alzaba los brazos e invocaba a los cielos.

Ares quedó conmocionado. Era capaz de percibir el aborrecimiento que Brión sentía por las acciones que había llevado a cabo y por todo lo que él le había enseñado. Lo detestaba con toda la intensidad con que había odiado a los incursores que destruyeron su felicidad. La venganza atroz no había servido en absoluto para aliviar su angustia, sino al contrario. Ahora su corazón estaba comprimido en el interior de la garra de un monstruo que lo apretaba sin

piedad, un monstruo que era él mismo. Se había convertido en sus enemigos, en un salvaje. Nadie había ganado; todos habían perdido. Así se sentía Brión en sus adentros y culpaba a Ares por ello.

—¡Ingrato! ¡Hombre sin dignidad! —vociferó el dios, haciendo temblar al jefe, que se encogió al punto, aterrorizado, así como todos los que se encontraban en ese momento en la plaza, quienes quedaron paralizados de espanto y se volvieron hacia allí—. Poca gallardía albergas en tu pecho y es grande tu indolencia. No es digno de mí el que tiembla como una hoja.

Cerró alrededor de su cuello la misma mano con que iba a darle consuelo y, tirando de él con un empellón poderoso, lo sacó de lo alto del altar y lo sostuvo sobre el suelo, de modo que Brión quedó suspendido. Sin poder respirar, sacudía los pies e intentaba desasir los dedos de Ares con ambas manos, pero le resultaba imposible. Aunque el dios solo era ligeramente más alto que él, la fuerza de sus espaldas y sus brazos lo superaba en mucho. Al ver la facilidad con que lo sostenía en el aire, todos los presentes —de uno y otro bando—, lívidos, con las gargantas súbitamente secas, se daban cuenta de la diferencia abismal de poder entre los seres eternos y los mortales. Mientras se ahogaba el caudillo, Ares escrutaba con el rostro arrugado, indeciso en sus emociones, el miedo ante la muerte que reflejaba aquella mirada. La opresión de su mano le amorataba el rostro, le ennegrecía los labios, le enrojecía los ojos, que se le salían de las cuencas. Le dio una sacudida y todos oyeron el crujido de los huesos del cuello y vieron que la cabeza de Brión se desarticulaba. El dios lo soltó sobre el montón de cadáveres,

uno más. Se volvió entonces hacia el resto de mortales, con el gesto cubierto de nuevo por su más torva máscara. Ante su mirada, amigos y enemigos salieron corriendo juntos en todas direcciones.

Bajando por una calle ancha, trotaba Ares, delirante de furia, con una lanza en una mano y la espada en la otra. Descerrajaba golpes implacables, siempre mortales, sobre todos a quienes hallaba a su paso, fueran hombres, mujeres o niños, del norte o del sur, le resultaba indistinto. No tardó en encontrar a odrisios y sureños enfrascados en una escaramuza. Con un grito que heló la sangre a todos los contendientes, cargó contra ellos, con la lanza adelante. Cayendo como un rayo, atravesó por la espalda a un norteño con tanta fuerza, que la punta le salió por el pecho y lo empujó hacia delante de modo que se clavó también en su oponente. Así se unieron los dos en la muerte bañándose en la sangre del otro, cuando el dios estiró del asta para recuperarla. Fue disparándose la punta del venablo aquí y allá tan velozmente que nadie era capaz de ver más que un funesto centelleo de metal. Estallaban los cráneos perforados, esparciendo los sesos que contenían en su interior, se desgarraban los músculos de brazos y piernas, crujían las costillas en medio de explosiones de sangre, reventaban los estómagos y vertían sus entrañas sobre la tierra. Se agitaban los músculos del dios en cada acometida, en cada impacto, se alargaban elásticamente sus brazos, se curvaba su poderosa espalda, colocaba los pies con firmeza buscando imposibles equilibrios..., un espectáculo que hubiera podido parecer magnífico, pero que, según iba llenando el suelo de cadáveres y el cielo de chillidos, revelaba solo horror desnudo.



3

HERMANOS VENGADORES

El sol de la tarde encendía las faldas del monte Osa cuando un caudal de rojo sangre tiñó el agua de uno de sus arroyos. Corriente arriba limpiaban sus inmensas armas de caza dos gigantescos seres parecidos en todo, tan altos como dos colinas, semejantes a dos peñascos ambulantes que sobresalían del dosel arbóreo y lo agitaban a su paso como si avanzaran por un estanque. A cada paso que daban, la gran sombra que proyectaban dejaba helado el boscaje. Pronto alcanzaron la cima de la montaña y sus dos corpulentas figuras asomaron sobre la silueta del rojizo atardecer. Desde allí arriba, con el valle de Tempe a los pies, contemplaron con gesto hosco las nubes que cubrían el monte Olimpo, hacia el norte, queriendo ver lo invisible. Gruñó Efialtes con voz profunda. Su hermano lo golpeó duramente en el hombro y cruzaron las miradas. Entonces, alzando los dos sus brazos a lo alto, profirieron un atronador grito de guerra que resonó

en toda la Tierra. Se hundieron en el bosque hasta desaparecer, a pesar de su tamaño, pues ya se extendían las sombras y se cernía sobre el mundo la noche cerrada.

En el mismo momento en que el rey de los astros agonizaba en el horizonte púrpura, una estela descendente se dibujó en el cielo, atravesando las nubes olímpicas. Con una sacudida que hizo saltar una lluvia de piedras en todas direcciones, cayó en la cumbre del Osa, en el mismo lugar que los hermanos habían visitado, el mensajero de los dioses, Hermes. Fácilmente halló las muestras del paso de los gigantes en el bosque, los troncos quebrados, los pastos arrasados, el río que se había vuelto sangre, las rocas partidas para abrirse camino. Sin embargo, asombrosamente, la pista de tan notables criaturas se perdía en la vertiente oeste. Cumpliendo el encargo del soberano celeste, discernir la naturaleza de aquella amenaza, el dios se adentró en los bosques para continuar la búsqueda.

◇◇◇

Oto y Efialtes estaban muy lejos, al nordeste. Conocedores de las entrañas de la Tierra, habían aprendido a ocultar su presencia y evitar el escándalo que producían en sus viajes desplazándose a través de minas y cavernas. Siempre que el camino subterráneo les obligaba a salir a la superficie, se esforzaban por pasar inadvertidos, viajando de noche y reptando entre los troncos.

De ese modo habían avanzado sin ser vistos por las brumosas frondosidades de las tierras que se extendían al norte del mar del este, donde moraban tribus de hombres de toda clase, siempre en pie de guerra unos contra otros. Durante los meses del invierno anterior habían estado explorando aquellas regiones hasta hallar finalmente lo que buscaban. Ahora, agazapados entre las sombras, cubiertos de tierra y musgo, totalmente inmóviles durante varios días, parecían simplemente dos montículos, aunque, asombrosamente, su superficie se agitaba de tanto en tanto, espantando a los animales.

Dos pares de ojos brillantes se abrieron en el húmedo verde para escrutar la lejanía. En la pared de roca que se alzaba al otro lado de un valle angosto, veían los hermanos la boca de una gruta en forma de herida cruenta, en cuyo pórtico los hombres habían construido un frontón soportado por altas columnas, y luego habían labrado una escalinata que conducía a un templete circular. En el interior de aquel, se estiraba un ara sacrificial siempre empapada de sangre. Como todos los días, observaron los gigantes la comitiva de mortales armados con lanzas, distinguidos por la cicatriz que atravesaba su antebrazo, que recorría el nublado camino desde el templo en que habitaban hasta el altar, donde degollaban a un guerrero enemigo. Solo entonces salía el dios que moraba en la gruta, con su fiero semblante y porte amenazador, pero que no era, pensaban ellos, rival para su soberbia fuerza. Quizá no podrían doblegar a su padre Poseidón, que los había abandonado desde su nacimiento e ignorado con gran ruindad durante toda su vida, y ciertamente tampoco podrían enfrentarse a los dioses olímpicos si se les presentaran todos en concierto. Ahora bien, allí tenían a su merced a aquel diosecillo que habitaba solo, tan engreído, tan lleno de sí mismo como todos sus hermanos.

No bien hubo acabado el sacrificio, los mortales se postraron con los brazos hacia el dios. Había emergido aquel día de su morada armado para la lucha, con un puñado de gruesas lanzas y su broncínea espada, protegido por una centelleante coraza, grebas de oro, escudo de plata y yelmo de alto

crestón. Habían remedado los mortales las mismas piezas en trabajos de forja que eran solo un pobre reflejo, pero que hacían a los seguidores del dios mucho más poderosos y temibles que sus oponentes. Descendiendo de la escalinata, se puso el inmortal al frente de ellos y entonces marcharon todos juntos por el sendero, de camino a un nuevo combate.

∞

Los relinchos resonaban por toda la montaña. Un carro dorado tirado por dos corceles remontaba el camino tan veloz que casi no tocaba el suelo con las ruedas y alzaba tras de sí una cortina de hojarasca crepitante. El devastador Ares fustigaba a sus animales con rudeza, deseoso de regresar a su morada para limpiarse la sangre que le bañaba todo el cuerpo. Saltó del carro antes de que se detuviera, atravesó la majestuosa entrada que los hombres habían construido para él y desapareció en la oscuridad de su caverna. Había excavado en su interior nuevas estancias, que había apuntalado con columnas adosadas y firmes dinteles de roca. Tarde o temprano se haría construir un palacio para sí en aquellas mismas tierras que tanto amaba, en tanto que aguardaba que su padre lo mandara llamar. ¿Seguía consumiéndole el deseo de que su padre le ofreciera finalmente un asiento en el consejo? Ya no sabría decirlo.

Apenas se precipitó en el interior, descubrió atónito que alguien había violado su divina morada. Las mesas, las sillas, las telas que adornaban las paredes estaban todas hechas añicos. Las armas y los triunfos que había recogido en el campo de batalla habían desaparecido. Furioso, apretó los puños.

Afuera, los caballos se agitaron nerviosos al sentir de nuevo la intensidad de su presencia. Escudriñaba el bosque en

derredor con su penetrante mirada sin distinguir rastro alguno que le resultara extraño. Lentamente fue descendiendo por la escalinata de vuelta al carro examinándolo todo. Cuando puso el pie de nuevo en el suelo advirtió que la tierra estaba fresca. Agachándose, tomó un puñado y lo olfateó. Era tierra removida. Entonces notó que el suelo vibraba y que parecía que iba a abrirse. Reculó y se preparó para enfrentarse a la criatura que iba a emerger a la superficie. Fue por ello que no advirtió que el gigante Oto caía sobre él desde lo alto. Había permanecido oculto en el borde del precipicio que se cernía por encima de la gruta, y, apenas vio que Ares desguarnecía su espalda, se tiró a por él, como estaba convenido. Se desplomó con la rotundidad de su peso y aplastó al dios contra el suelo. El impacto hizo estremecer la montaña entera e hizo tambalearse las columnas del pórtico y el templete. Ambas construcciones se desmoronaron en medio de una polvareda, en tanto que el temblor se iba extendiendo en la distancia.

Todavía no se había dispersado la nube de polvo cuando Oto sintió que el diosecillo se revolvía debajo de su cuerpo. Una punzada terrible en el estómago le hizo removerse y Ares no perdió la oportunidad para liberar los brazos. Intentaba salir arrastrándose para alcanzar el carro, donde lo aguardaban, enhiestas, sus picas aún ensangrentadas. Sin embargo, no bien hubo logrado sacar el torso entero, vio que una mano tan grande como él mismo surgía del suelo y lo atrapaba. Sacando la cabeza entre los dedos, vio atónito el cuerpo gigantesco que iba mostrándose al salir de las entrañas de la tierra igual que un árbol que fuera arrancando sus raíces para echar a andar. Cuando Efialtes hubo emergido del todo apretó la mano alrededor del dios. El grito de dolor

de Ares se elevó a los cielos, atravesó las nubes, saturó el éter. Era imposible que no se oyese en el Olimpo.

◇◇◇

¡Qué estúpidas criaturas! ¿Acaso no sabían que sus ojos inmortales podían ver perfectamente en la oscuridad? No era una negrura total, sino una penumbra cobriza, pero lo habían sumido en ella como una suerte de tormento, queriendo tal vez quebrantarlo. Era el severo encadenamiento y el constante contoneo de su prisión sin que pudiera él asirse para evitar los golpes lo que le agitaba el ánimo. Oía el murmullo que se filtraba a través del metal e imaginaba que aún no habían llegado a su destino, a su encarcelamiento definitivo. De vez en cuando, un impacto en las paredes metálicas de su celda improvisada resonaba tan intensamente que llegaba a penetrar en los oídos del dios como la punta de un venablo.

En los momentos de quietud, en los que suponía él que los gigantes habían detenido su viaje, Ares intentaba empujar las paredes, aporrearlas con la cabeza con la esperanza de que poco a poco lograría abrir una brecha. No obstante, resbalaba en el interior curvo y liso, y solo conseguía hacerse heridas que marcaban con su sangre el fracaso de sus intentos.

La impotencia lo enfurecía. Incapaz de encontrar una forma de huir, cada vez pasaba más tiempo tendido de cualquier modo, ideando en su mente las infinitas atrocidades que infligiría a los gigantes para deleitarse cuando se liberara.

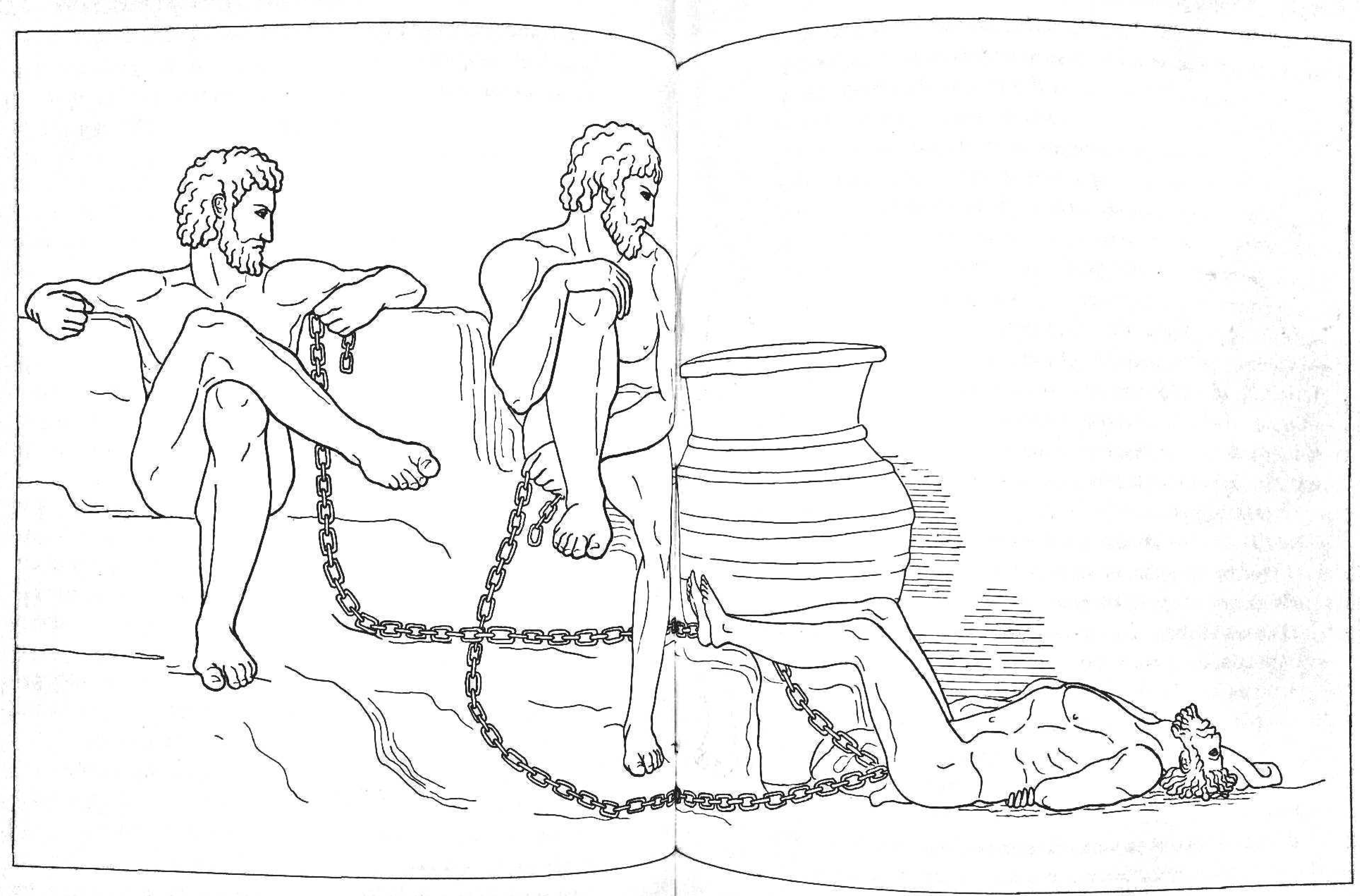
Tras un largo y ajetreado viaje, la cárcel de metal recibió un golpe definitivo contra el suelo. Después el dios estuvo oyendo durante mucho rato las paletadas de tierra que iban arañando a golpes rítmicos el exterior y supo que lo estaban

enterrando. Cuando cesaron los ruidos, el silencio que conquistó el recipiente comenzó un macabro juego de tortura en su mente que solo se haría más intenso con el tiempo.

◇◇◇

Encorvando el cuerpo para hacer más fuerza, Oto y Efialtes arrastraban grandes peñas con enormes redes desde el monte Pelión hasta las cumbres del Osa, donde las iban amontonando sin orden y concierto, meramente para aumentar la altura de la montaña. Día y noche trabajaban sin descanso y poco a poco iban devastando las estribaciones septentrionales del macizo del Pelión. Sobre el Osa, la colosal y caótica elevación hecha de pedruscos formidables ascendía y ascendía y parecía que su único propósito era igualar las cimas que se elevaban al otro lado del valle, en el Olimpo. Cuando la construcción llegó a las nubes, siguieron los gigantes acarreando peñones a lo más alto hasta que se alcanzaron al otro lado y se vieron cara a cara en la distancia frente a las olímpicas nieves que cubrían las cimas. Maravillados, observaron que las nubes se extendían a sus pies como un mar enteramente compuesto de espuma. Hubieran querido lanzarse a atravesarlo para llegar rápidamente al otro lado. Sentándose en su imponente atalaya, pasaron las horas los gigantes escudriñando las cimas olímpicas. Habían esperado distinguir desde allí las moradas de los eternos, no obstante, solo había nieve y rocas peladas batidas por el viento. Extrañados, se miraban el uno al otro y luego volvían a espiar en la lejanía. La ciudadela del soberano celeste tenía que estar allí.

De pronto, sin saber cómo había llegado allí, descubrieron una presencia a su lado: el mensajero de los dioses, Hermes,



El dios de la guerra fue sorprendido y apresado por los gigantescos hermanos.

portando un caduceo dorado, estaba sentado junto a ellos. Al verlo, se alzaron con sorpresa y se pusieron en guardia. Les sonrió sin moverse del sitio el heraldo de los dioses, y después les habló con voz serena:

—Si está en vuestro ánimo enmendar los trabajos de Zeus, está en el mío informaros cortésmente de que existen modos menos costosos y quizá más certeros de hacerlo. Entraría enteramente en la capacidad de vuestros brazos hacer una presa apenas con un par de estos peñascos para desviar un río, por ejemplo. Aunque más fácil sería todavía si hablarais con él y lo convencierais de que fluyera por otra parte.

—¿Vienes a parlamentar? —bramó Efialtes.

Hermes lo observó con mirada curiosa.

—Os he estado buscando y al final os encuentro a la puerta de mi casa. ¿Os habéis propuesto marearme?

Golpeándose el pecho, los gigantes no depusieron su ardor guerrero.

—Nos llaman los alóadas, pues el rey Aloeo desposó con nuestra madre, Ifimedia, cuando estaba encinta de uno de los vuestros, que solo nos ha mostrado desprecio. Han de pagar los tuyos su soberbia y nosotros hemos venido a cobrar.

—¿Y puedo saber cuál es el precio?

—¡Ártemis, señora de las bestias, ha de perder su virtud yaciendo conmigo! —rugió Oto.

—¡Y conmigo ha de conocer en verdad el vigor viril la gran señora Hera! —dijo su hermano—. Los hijos que tengan de nuestra simiente jamás serán llamados bastardos, sino que con ellos fundaremos una nueva estirpe más poderosa, más fuerte, más audaz, unos nuevos titanes. —Hermes no se inmutaba, pues tan desaforadas pretensiones no podían ser más

que producto de mentes delirantes—. No volver a ver jamás a vuestro hermano Ares es el precio que os ofrecemos pagar.

Al escuchar aquellas últimas palabras, dejó escapar el mensajero un suspiro resignado y finalmente se puso de pie. Antes de alzar su caduceo a los cielos, dijo:

—Para atemorizar a los olímpicos, hay que saber escoger mejor las amenazas.

Salió Hermes volando hacia los cielos, donde dejó un rastro fino y vaporoso que fue disipándose y perdiéndose en el azul. Abajo quedaron los hermanos con gesto desconcertado, sin saber del todo bien en qué había quedado su parlamento.

◇◇◇

Se abrieron las puertas del salón celeste para dejar paso a la radiante Atenea, cuyos ojos esmeralda centelleaban de urgencia. Vio la diosa que se cerraba sobre el mármol del suelo el vórtice de nube a través del cual su padre espiaba los trastornos del mundo sin necesidad de moverse de su trono. Al lado de su padre se encontraba la gran señora Hera. Se dio cuenta Atenea de que no lograba la reina de los olímpicos esconder su turbación a pesar de sus intentos por reprimirla. Viéndola llegar hasta los pies del trono con paso tan decidido, Zeus omnipotente alzó la mano.

—Veamos cómo se sirve mi hijo de su furia y su fuerza para salir de esta situación, ¿no te parece?

—Esos gigantes son rivales a tener en cuenta. Revela el oráculo que no pueden ser muertos por manos eternas —repuso Atenea—. Han vencido a uno de nosotros con astucia. No son unos brutos cualesquiera. Sin duda, tienen su proceder bien diseñado y haríamos bien en averiguar su naturaleza.

El soberano celeste frunció el ceño, sin dar todavía respuesta. Atenea sintió el enojo en su respiración pesada. A nadie se le escapaba que ella era la última en contarse entre los valedores de su hermano, luego sus intenciones al defenderlo no podían esconder sombra alguna. Ahora bien, ¿podía decirse lo mismo de su padre? ¿Pesarían más los desencuentros con su hijo que la prudencia debida?

—No abandono a mi hijo —dijo finalmente Zeus—; le ofrezco la oportunidad de ser más grande que sí mismo.

No supo qué responder a este argumento la sabia diosa de los ojos glaucos. La gran señora Hera se mantenía hierática, pero su mirada estaba fija en la de Atenea con tanta intensidad que parecía implorarle. La gravedad de los asuntos que separaban a aquellos padres entre ellos y con su hijo se le escapaba. Ahora bien, estaba convencida de que Ares no merecía ese trato. Despidiéndose con un gesto de la cabeza, dio la vuelta y abandonó la sala. En su interior la firme voluntad de rescatar a su hermano no había variado ni un ápice. Pero, ¿cómo hallarlo? ¿Cómo enfrentarse a aquellas criaturas? Bien sabía que no era una tarea que pudiera emprender ella sola.

◇◇◇

Como una espina dorsal de aquella parte de la Tierra, muy al oeste del Osa, se extendía de norte a sur un macizo montañoso donde nacían muchos de los ríos que luego descendían hasta el mar del este. En un rincón escondido habitaba, como única señora de una grandiosa mansión, con un número escogido de sirvientes, una anciana resplandeciente todavía de hermosura. Su nombre era Eribea y había sido ella, a la muerte de Ifimedia, la que se había encargado de cuidar a Oto y Efialtes.

Los había criado como si fueran sus propios hijos, sin que jamás hubiera un atisbo de doblez en sus sentimientos. Quedó asombrada por su crecimiento prodigioso y, luego, se preocupó por los viajes que emprendían con motivos que mantenían para sus adentros. Ahora bien, había aprendido pronto a no parar mientes en sus idas y venidas, pensando que para una simple mortal serían inescrutables las razones de seres investidos de tan potentes capacidades. Incansables, comían, bebían y dormían en exceso, pero ella siempre los recibía con alborozo y los agasajaba con fenomenales banquetes.

Los cultivos que se extendían en sus tierras eran pródigos y estaban llenos de altibajos, ocupando varias eras de una montaña. Gustaba de bajar ella misma a recoger agua del pozo, porque el paseo le hacía bien a sus cansados huesos y el paisaje aquietaba su ánimo. Cierto día, después de una fugaz visita de los hermanos, andaba enfrascada en recuerdos de juventud cuando observó que en un recodo del camino se habían removido piedras fenomenales, de un peso que solo Oto y Efialtes podían levantar. Le pudo la curiosidad por saber a qué había obedecido aquella modificación de las vistas que tanto amaba y, rodeando el lugar, creyó oír unos penosos lamentos que venían de debajo de las rocas.

Se le cayeron el bastón y el cubo que portaba, pues no fue capaz de seguirlos sujetando. ¿Podía ser aquella infamia una acción realizada por sus protegidos? No era posible, se negaba a creerlo. ¿Quién estaba allí apresado? Sintió que el aire no llenaba sus pulmones y se apoyó en las rocas para no caer de rodillas. Debía rescatarlo lo antes posible para evitar su muerte.

Volviendo a toda prisa a la casa, mandó formar una sucinta cuadrilla. Con azadas y palas, acudieron los sirvientes al lugar

y, ante la mirada atribulada de Eribea, rebajaron la tierra alrededor de las grandes rocas. Aunque era imposible moverlas, dejaron a la vista el borde de una vasija de metal de gran tamaño, suficiente para albergar el cuerpo de un hombre. ¿Cuánto tiempo hacía que se encontraba allí encerrado?, se preguntaba Eribea. Cuando hubieron descubierto todo el perímetro alrededor de la boca de la vasija, vieron que no podrían abrirla sin levantar las piedras. En ningún momento habían dejado de oír los lamentos que, reverberados, salían del interior. Ahora, nadie de los que se hallaban allí podía evitar que el pavor asomara a sus ojos. Se miraban unos a otros, desasosegados por la pregunta más inquietante de todas: ¿cómo podía sobrevivir allá encerrado el prisionero? Llevándose la mano a la boca, Eribea rompió a llorar.

◇◇◇

En la cima de la elevación que los alóadas habían creado ya no salía el sol. Nubarrones negros y cargados los rodeaban de continuo, dejándolos a oscuras, y a medida que ellos aumentaban la altura subiendo nuevos peñascos, la tormenta ascendía con ellos otro tanto. El viento y la lluvia helada los azotaba, los truenos los ensordecían y los rayos caían aquí y allá, removiendo las rocas y provocando aludes de vez en cuando. Los gigantes seguían empeñados en su labor, pero cada vez sentían los brazos más agotados y las espaldas más doloridas en su trasiego de piedras arriba y abajo, empapados por la lluvia o vapuleados por el granizo.

Como a los pies del Osa el tiempo era primaveral, se fue acostumbrando Oto a quedarse más tiempo abajo, descansando sobre la hierba mullida. Sucedió que un día estaba tendido, viéndose incapaz de levantarse hasta haberse repuesto del cansancio, cuando oyó unos pasos que se acercaban a él a través del bosque. Alzándose, vio que Hermes atravesaba la maleza y paseaba alrededor de su enorme cuerpo.

—Vengo a traerte un importante mensaje —dijo el dios, sonriente—: como el menor que eres y el más razonable de los dos hermanos, Zeus omnipotente ha querido distinguirte, pues bien sabes que él también fue el hijo pequeño que derrocó a su padre y se impuso a sus hermanos. —El gigante lo observaba con recelo, aunque permanecía interesado en lo que el heraldo veía a decirle—. Ártemis se ha ofrecido a aplacar tus ansias, pues, al parecer, siempre ha deseado entregar su virtud a un ser potente y varonil. Te espera con impaciencia en la isla de Naxos, pero solo te recibirá a ti, Oto, pues le desagrada el genio de tu hermano. Si aceptas la propuesta, depondrás tu hostilidad y podrás poseer sin freno a la señora de las bestias.

Respirando pesadamente, Oto caviló sobre aquellas palabras sin perder de vista el caminar del dios en torno a su masa brutal. ¿Era posible? ¿Lo habían conseguido? Le pareció que el mensajero se movía con impaciencia, una actitud muy diferente a la que había tenido en su anterior conversación. Sí, se dijo para sus adentros, ¡habían logrado doblegar a los dioses!

—Acepto —respondió secamente.

Habiendo obtenido la respuesta, Hermes se alejó de él y se perdió en la espesura. Oto dirigió la mirada ladera arriba. Alzándose, tomó su colosal lanza, alta y gruesa como un ciprés, dio la espalda al Osa y se encaminó hacia el sur a la luz del día, sin preocuparse ya de mantenerse oculto a la vista.

Caía la tarde cuando, siguiendo el rastro de destrucción que había dejado en los bosques, lo encontró Efialtes. Oyó

Oto sus gritos en la lejanía, pero no por ello detuvo su paso firme en dirección a las costas del mar del sur, donde se hallaba la isla que era su destino. Sintió que el suelo temblaba bajo sus pies y oyó la sonora vibración del aire a su espalda. Volviéndose, vio que su hermano se precipitaba corriendo hacia él. Chocaron y rodaron por el suelo, levantando la tierra por los aires. Cuando se hubieron detenido, Efialtes lo agarró del cabello, gritando.

—¿Me abandonas, cobarde?

Oto disparó su puño hacia la cara del otro y lo tumbó.

—No te abandono. Acudo a tomar lo que he ganado. Los dioses han accedido a mi deseo. El heraldo de Zeus me lo ha comunicado. —Efialtes se quedó en silencio, confuso—. Ven y verás que no miento. Ártemis me aguarda y voy a poseerla.

—¿Por qué solo a ti se te concede lo que exiges?

Oto le dio la espalda, diciendo:

—Tú sigue cargando piedras a ver lo que consigues. Yo ya tengo mi victoria.

Mientras lo veía alejarse, su hermano no dejó de imprecarle:

—Los dioses se están riendo de ti. ¿No te das cuenta?

No obtuvo respuesta. Oto seguía su camino hacia el sur. Lanzando un gruñido, Efialtes recogió su lanza del suelo y fue tras él. Si era cierto que Zeus había juzgado prudente sacrificar la virginidad de su hija para evitar su amenaza y recuperar al diosecillo guerrero, quizá pudiera convencer a su hermano de que también a él le correspondía una parte del premio.

◇◇◇

Arribaban las olas calmadamente a las playas de la frondosa Naxos y perlaban la arena de espuma. Había amanecido un

día despejado. Deslumbrante, el sol corría por un cielo de azul rabioso y hacía arder la arena, cuando las aguas se revolvieron ante la costa. Según se aproximaba a la tierra, fue emergiendo de la superficie la enorme cabeza del gigante Oto, luego, sus hombros cubiertos de sargazos y después, su torso. Su mole enorme salió por completo del agua mientras seguía caminando sin descanso por la playa. A su espalda, allí por donde había venido, asomaba también su hermano Efialtes.

Se recostó Oto a descansar debajo de un alto pinar, al tiempo que veía a su hermano siguiéndolo. No tardó en echarse Efialtes a su lado, de modo que, al dejarse caer, salieron en desbandada todos los pájaros que estaban posados en las copas. Permanecieron en silencio mientras recuperaban el aliento. Sin embargo, un grave peso se estaba formando en sus pechos. Fue Efialtes quien rompió el silencio:

—Es mutuo nuestro empeño, hermano, luego es justo asimismo que nuestra recompensa también lo sea —dijo, callando luego para dejar espacio a la respuesta de su hermano. Sin embargo, Oto no respondía. Ni siquiera lo miraba—. Igual ha sido nuestro esfuerzo, sabes que estoy en lo cierto.

—No obstante, solo yo he conseguido lo que pedía. Tu demanda era desmedida y por eso has perdido el pulso con el brazo del soberano celeste. Has de aceptarlo.

Efialtes se incorporó al punto, dirigiendo la mano al pecho del otro con brusquedad.

—¿Serás capaz? ¿No ves que puedo desollarte aquí mismo y despojarte de lo que me apetezca?

Sin dudarlo ni un momento, Oto sacudió la cabeza hacia delante y le asestó un duro golpe en la nariz. Su hermano cayó hacia atrás, llevándose las manos al rostro, en medio

de un estallido de sangre. Levantándose, Oto lo miró con desprecio:

—Así que no has venido a certificar si es verdadera la victoria sino a arrebatarme lo que es mío.

Jadeaba penosamente el otro, con las manos en el rostro, tirado en el suelo. Aun así, escupió la sangre que le llenaba la boca y se esforzó por responder:

—¿Cómo puede ser esto una victoria si eres tú el único que gana?

En ese preciso momento, Oto oyó el crujido de la pinaza y, mirando hacia el lugar de donde procedía, contempló admirado que una bellísima gama asomaba entre los árboles, en lo alto de un promontorio. El grácil animal se quedó quieto, examinando a los gigantes con ojos brillantes, llenos de inteligencia. Era un ejemplar de un pelaje tan suave y una cornamenta tan delicada, tan hermosa, que Oto pensó al instante que sería una excelente ofrenda con la que obsequiar a la diosa que tanto deseaba. Como si le estuviera leyendo el pensamiento, la gama dio la vuelta y, en un par de saltos, desapareció de su vista por la otra vertiente. Rápidamente echó el gigante mano a su lanza y se fue tras ella.

Irritado, Efialtes recuperó también su arma. Si no quería compartir el botín, él tampoco le permitiría que lo disfrutara. La gama sería para el mejor de los dos. Con su carne se despacharía un buen almuerzo y con su piel le haría un presente a Eribea. Una vez más, corrió detrás de su hermano.

La gama se movía por el bosque con gracia y soltura. Aparentemente despreocupada, se detenía a mascar hierba entre los arbustos, para luego salir correteando. Era diminuta en comparación con los gigantes, que la seguían con la mirada

desde la distancia para no asustarla. Habiéndose separado, veían movimiento en el dosel arbóreo y cada uno imaginaba que la causa era su hermano, sin embargo, una agradable brisa recorría aquel paraje y agitaba las copas de los árboles. De ese modo, arrullados por el murmullo, concentrados en su presa, fueron perdiendo la noción de dónde estaba cada cual. Ignoraban que la gama se movía en círculos para conseguir que se situasen el uno enfrente del otro.

Finalmente, el animal se detuvo a beber en un arroyuelo. Efialtes, por un costado, y Oto, por el lado opuesto, levantaron sus jabalinas con el brazo, que retrasaron, acompañándolo con todo el torso, para lograr impulso, y luego, con un potente movimiento, dispararon a la vez. Mirando primero a uno y luego a otro, como si tuviera plena conciencia del peligro inminente, la gama no tuvo más que dar un breve salto atrás para que sendos proyectiles se cruzaran en dirección contraria justo delante de su hocico a tal velocidad que era imposible verlos. Se perdieron cada uno en la espesura y dos aullidos de dolor se alzaron a los cielos, uno a cada lado.

Siempre elegante, correteó la gama hasta los pies de la diosa cazadora, que venía caminando por el bosque, con su carcaj y su arco a la espalda, sabedora de que, según la profecía que había consultado Atenea, esas armas no le hubieran servido para el propósito que buscaba. Sin embargo, tal y como le había sugerido su sabia hermana, la necedad era por lo común la mejor arma, pues era fácil de volver contra el necio mismo. Escoltada por el hermoso animal, Ártemis fue a visitar los gigantescos cadáveres que yacían entre la maleza con la jabalina del otro atravesada en el pecho. Tras comprobar que ninguno albergaba ya vida en su pecho, acarició con suavidad el

hermoso lomo de la gama, tan bella, tan lista, implacablemente mortal. La diosa no pudo evitar sonreír.

◇◇◇

Cada amanecer se encaminaba Eribea a las piedras que le impedían el sueño por la noche y suplicaba a los dioses en el altar que había mandado consagrar allí mismo que liberaran a la pobre criatura que estaba presa bajo la tierra. Nadie había sido capaz de mover las rocas lo más mínimo ni de desenterrar la vasija sin que estas se despeñaran sobre quien trabajara en ello. No lograba recabar noticia alguna sobre el paradero de sus protegidos y hacía días que se había resignado a la idea de que eran ellos los responsables de aquella fechoría.

Finalmente, una mañana, según llegaba al lugar, vio a un joven de solemne porte y nobles ropajes que estaba sentado junto al altar, examinando con mirada curiosa la parte de la tinaja que sobresalía de la tierra. Hasta él llegó la anciana con el corazón en un puño, pues se daba cuenta de que aquel ser superaba en altura y envergadura a cualquiera de sus sirvientes y estaba acompañado de una luminosidad que se diría sobrehumana. Portaba en la mano un caduceo de oro del que había ella oído hablar en las historias de su infancia. Era el mensajero de los dioses. Al verla, él le habló tiernamente:

—Nada temas, buena Eribea. Conozco tu sufrimiento y voy a ponerle fin.

Advirtió ella que venía el dios con un gran peso en el corazón, pero no el peso de las piedras, sino el de la angustia y la tristeza que se iban a revelar debajo de ellas. Aunque no era particularmente fornido, presenció la anciana admirada que sujetaba una roca con ambas manos y, ganando mayor



La diosa Ártemis sabía que sus armas no le hubieran servido para acabar con los alóadas.

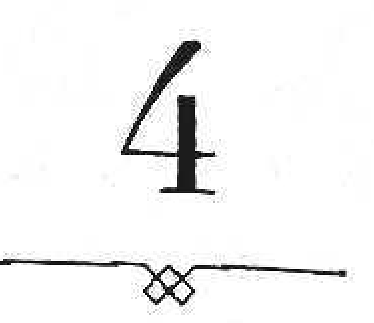
ímpetu con un gruñido, la levantaba para dejar al descubierto la tapa de rojizo metal que cerraba la vasija. Entonces dejó caer la roca de nuevo con tal habilidad que se hundió la tapa con un estruendo metálico y la peña se partió en dos mitades, cada una de las cuales se desmoronó hacia un costado.

Arrancó la tapadera y la tiró bien lejos. La luz hollaba escasamente el interior de la vasija, de donde emergía un lamento grave y continuo, como el de una melodía fúnebre. Hermes se introdujo por la boca y se perdió en la oscuridad. Eribea se mantenía a una distancia prudente, todavía inquieta.

Halló el heraldo de los cielos al joven Ares desmadejado en el fondo de la vasija, semejante a un puñado de telas andrajosas que se usaran para espantar los pájaros en un campo de labranza. Con cuidado, Hermes estiró de las cadenas hasta abrir sus eslabones y liberó los miembros del prisionero. Luego recogió su cabeza entre los brazos. En tanto que abría un frasco que despedía el aromático olor de la ambrosía de los dioses para darle un trago que lo ayudara a reponerse, oyó que el maltrecho dios murmuraba y se acercó a escuchar qué decía. Como no lograba entenderlo, Ares se esforzó aún más por hablar hasta que consiguió que su voz volviera a resonar:

—¿Te envía mi padre?

El ingenioso Hermes, conocido por su facilidad de palabra, abrió la boca para dar rápida contestación, pero quedó mudo de repente al darse cuenta de lo que iba a decir. Cerrándola de nuevo, en lugar de una respuesta, ofreció a Ares la boquilla del frasco. Bebió y bebió con ansia el maltrecho dios con los ojos todavía cerrados, de donde brotaron dos lágrimas espesas, pesadas, amargas, que le empaparon las mejillas cubiertas de suciedad.



4

LA SANGRE DIVINA

Refulgían las luminarias en la noche eterna de la bóveda celeste cuando el soberano del universo, Zeus omnipotente, salió de las columnas que rodeaban el gran salón con paso errático, cavilando sobre los últimos acontecimientos que estremecían el anchuroso pecho de la Tierra. En aquella ocasión, los enredos de los mortales y los eternos resonaban con tanta intensidad unos con otros que amenazaban la armonía de la creación entera.

Paseó por detrás de los encumbrados sitiales que ocupaban los miembros de su consejo, sangre de su sangre, sus hermanos, sus hijos, los olímpicos, y fue recorriendo con sus manos suavemente los respaldos. Allí estaba el asiento de Afrodita, que había prometido al troyano Paris la mano de la mujer más bella del mundo y, en cumplimiento de su promesa, había obnubilado a Helena, la reina de Esparta. Más allá, el asiento del deslumbrante Apolo, apasionadamente venerado

en Troya, donde habitaban muchos de sus vástagos, motivo por el cual muy pronto el dios había apoyado la posición de la nacida de la espuma. Enfrente de ellos veía el sillón de su hija predilecta, Atenea, y, al lado de su propio trono, el de su temperamental esposa, la gran señora Hera. Se habían enojado las dos con Afrodita porque la promesa hecha a Paris había sido simplemente un ardid para que el mortal le concediera la manzana de oro que estaba destinada para la diosa más bella. Desde entonces, favorecían ambas diosas las exigencias de los espartanos, que, en su enojo contra los de Troya, estaban levantando la Hélade en armas. Sin pretenderlo, todas aquellas acciones habían ido preparando la situación presente; sin embargo, no podía olvidar tampoco Zeus que había sido él quien, queriendo evitar indisponerse con sus tres diosas más estimadas, había designado al troyano como juez, pues, siendo hermoso y noble de espíritu, le había parecido el mortal más cualificado.

Dando la vuelta a todo el círculo, llegó al asiento de Ares. Finalmente, Zeus lo había invitado a formar parte del consejo. Nadie más compartía su entusiasmo por la devastación, por la aniquilación sañuda del oponente, por la guerra; sin embargo, era su hijo y durante largo tiempo lo había mantenido apartado de sí. Con razón había pensado que era mejor tenerlo cerca que ignorar sus acciones. Ahora se había puesto del lado de Afrodita, porque era su amante. Más que ninguna otra temía Zeus la intervención de Ares en aquella situación, porque solo su mano era lo bastante poderosa para que se abriera la puerta del caos. Hondamente suspiró el monarca celeste al llegar a los pies de su trono elevado sobre un pilar nuboso.

Con un movimiento de su mano, invocó el dios un jirón de niebla que manó del suelo de mármol y luego, girando con velocidad creciente, acabó formando un vórtice. En el centro de aquella perturbación se compuso una imagen del mundo de los mortales: se reunían los navíos helenos por centenares en el puerto de Áulide, tan apiñados que era posible alejarse de la costa pasando de uno a otro y recorrer gran distancia de norte a sur. En tierra, el campamento al que iban arribando los contingentes de guerreros se extendía por las colinas convertido en una ciudad improvisada. Caudillos de todos los reinos acudían a presentarse en la tienda del poderoso Agamenón de Micenas, quien los invitaba a formar parte de su consejo de guerra. Poco le importaba en realidad al rey reparar la afrenta que había recibido su hermano Menelao de Esparta, sino que veía la oportunidad al fin de pasar cuentas con el reino más poderoso y opulento de oriente, el guardián del paso hacia aquellas exuberantes tierras, el Helesponto.

Una imponente sombra se movió entre las columnas. Al salir a la luz, la titánide Temis, sabia consejera del señor de los cielos desde los tiempos de la guerra contra sus indolentes hermanos, encontró al poderoso Zeus sumido en pensamientos inquietos.

—Se avecinan tiempos de destrucción —dijo quedamente.

—Es inevitable. Así lo quiere el destino —repuso Zeus sin apartar la mirada de las imágenes de la Tierra.

—Así es. Pero vale la pena recordar que esta vez no somos inocentes.

Lo rodeó ella por la espalda, con paso calmoso. Comprendía la turbación del señor celeste. Viendo que la humani-

dad se volvía cruel y sanguinaria tras la prolongada estancia de su violento hijo entre los mortales, Zeus había resuelto exterminarla de nuevo, en esta ocasión por medio de un gran diluvio. Solo algunos hombres escogidos habían sobrevivido para reconstruir su estirpe con la ayuda de los dioses. Después de tantos esfuerzos, aquella nueva humanidad había medrado y había dado grandes héroes capaces de gestas sublimes. Por fin el señor del universo se había sentido satisfecho y había dado la creación por acabada. No obstante, ahora de nuevo los hombres se precipitaban a la mayor guerra que hubiera conocido el mundo.

—La Tierra está muy llena de hombres con poder y ambición insaciables. Quizá necesita limpiarse —dijo finalmente Zeus.

La titánide se detuvo, extrañada por este razonamiento. De repente, una tristeza insondable le abatió el ánimo. Veía a Zeus decepcionado y gris. Quiso ponerle la mano sobre el hombro, pero no llegó a moverse jamás. Por el contrario, se volvió en dirección a las columnas y, siguiendo su camino, dejó que la envolvieran las sombras. El soberano celestial, a quien decían omnipotente, se había resignado a que el dolor y la miseria camparan por el mundo, más allá de su control.

◇◇

Los bastones chocaron violentamente y por un momento le extrañó que no se hubieran partido. Tal era la fuerza que Fobos le imprimió al golpe que a su padre le costó neutralizarlo. Dio un paso atrás para mantenerse en guardia y Ares tuvo el tiempo justo para volver a recibir un ataque por el otro lado. Entonces Deimos atacó tan agresivo como su hermano. Esta vez sí que se partió el bastón del dios guerrero, que no dudó en usar las dos mitades para devolver el golpe, alcanzando a Deimos en el muslo. Cayó el joven de bruces empujado por su padre, que ya se revolvía contra Fobos. Intentó esquivar su hijo los golpes, pero, en una rápida acción, Ares lo alcanzó en la cara y lo tumbó de espaldas.

—Buena pelea —dijo el dios, ofreciendo ambas manos a sus hijos para que se incorporaran.

Entrenaban en un círculo de arena abierto en el jardín del palacio de Ares. Con el tiempo, a aquella tierra los mortales le habían dado el nombre de Tracia y, finalmente, el dios se había hecho construir un palacio allí, pues prefería habitar entre los hombres a la ciudadela celestial. A pesar de que su padre le había dado un asiento en su consejo, atendía escasamente a sus razones y sus ruegos. No sentía que fuera apreciado entre los suyos, sino solo tolerado.

Los tres dioses se sacudieron la arena que se había quedado prendida a sus cuerpos. Fobos y Deimos intercambiaron una mirada huidiza, antes de que el primero dijera a su padre:

—Nuestra madre tiene una propuesta que hacerte.

Ares arrugó el ceño al instante.

—Vuestra madre entra y sale de mi palacio como le place. Cualquiera que sea su mensaje, no necesita medio interpuesto para hacérmelo llegar.

Molesto, se alejó. Bien sabía cuál era la propuesta y lo que significaba. Todavía no había decidido su posición en el conflicto que se estaba preparando, aunque todos la daban por supuesta. Desapareció palacio adentro.

Al caer la noche, en la oscuridad de sus aposentos, Ares se revolvía en su lecho, incapaz de hallar descanso. Levantándose,

salió al claustro a contemplar las estrellas. La luz de la luna llena delineaba el contorno de sus músculos. Sabía que no tardaría mucho en correr la sangre, pero detestaba sentir que Afrodita lo manejaba a su antojo. Pensaba justamente en ella cuando notó una presencia entre los árboles del patio. La brisa movía las hojas suavemente. Apareció la bella diosa ante él vestida con una levísima túnica. Ares contempló la voluptuosidad de sus formas, complacido. Según se acercaban el uno al otro, se miraban con una intensidad ardiente. Al encontrarse en medio del patio, él la abrazó y ella le puso las manos en el pecho, levantando la cabeza hacia él, con los labios casi tocándose.

—¿Estás preparado para la guerra que se avecina?

—¿A ti qué te importa? —respondió él, y luego la besó con brusquedad. Se dejó ella llevar asimismo por el ímpetu y le mordisqueó los labios e incluso la lengua, mientas cerraba la mano alrededor de sus cabellos y estiraba de ellos. Echándose bajo los árboles, gozaron los dos allí mismo de la hermosura de sus cuerpos durante toda la noche. Jamás había dudado la diosa que Ares iría a la lucha por ella. Adonde sus esfuerzos deberían dirigirse a partir de ahora sería a conseguir que, en el calor de la sangre, el devastador Ares, la potencia universal de la destrucción sin freno, no cambiara de bando por mera diversión.

◇◇◇

Un gran buitre se posó en el suelo teñido de rojo, entre grandes charcos de sangre y cadáveres amontonados con las extrañas posturas en que la muerte los encontró. El fino plumón de su cuello se manchó de rojo cuando empezó a picotear en las heridas de un cuerpo. De repente, alzó la vista

de la carroña, extendió las alas sorprendido, y, graznando, remontó el vuelo.

Los carros cruzaban el vado del río Escamandro formando una columna, obligados a pasar lentamente entre los despojos. Diomedes, príncipe de Argos, hijo de Tideo, alzó el puño y la columna se detuvo al unísono. Era difícil saber si los gritos que se oían en la lejanía eran de ánimo o de horror. Al caudillo le disgustaba que el combate del día hubiera comenzado sin ellos, reservándoles aquel espectáculo, pues sin duda haría mella en sus hombres. Los muertos no eran buenos compañeros para el ánimo de los vivos. Palpó la empuñadura de su espada. El sanguinario Ares estaría complacido de aquella devastación. A su señal, el contingente de los argivos continuó su camino, ascendiendo por la ladera, hacia el lugar en que se perpetraba la barbarie.

Al llegar a lo alto del promontorio, la enorme llanura que se extendía ante las puertas de la ciudad de Troya apareció delante de su vista. A lo lejos, el brillo de la piedra de las murallas bajo el sol del mediodía imponía respeto al más aguerrido de los ejércitos. Allí delante estaban la mayoría de los reyes griegos bajo el mando de Agamenón frente a las huestes defensoras, semejantes todos a hormigas que chocaban sin sentido. Diomedes alzó la lanza y bramó hacia los suyos.

—¡Argivos, ahí está la gloria! ¡Tomadla!

La tropa gritó al unísono y, al bajar su jefe la pica, se lanzó al completo hacia la batalla. Tembló la tierra bajo el paso de los cientos de carros y hombres que se precipitaban en busca de la muerte, al tiempo que los escudos que portaban en la espalda pasaban al brazo y las lanzas adelantaban sus puntas, dispuestas a servir al propósito para el que fueron fabricadas.

Recibidos por los helenos con vítores, entraron en la batalla con una primera salva de picas disparadas desde los carros, que sorprendió a los troyanos y, causándoles grandes daños, debilitaron sus líneas. Después saltaron a pie los de Argos y corrieron ágilmente, pues venían frescos. Así relevaron a los helenos que estaban en vanguardia, muchos de ellos heridos. En un solo instante, el empuje de los recién llegados hizo recular a los defensores.

Diomedes descerrajaba lanzadas a uno y otro lado derribando enemigos como el rayo. Raudo, saltaba y corría, esquivando envites enemigos y provocando terribles males. Buscando en el tumulto príncipes con los que enfrentarse para descabezar las tropas enemigas, vio que destacaba Eneas de Dardania, hijo de Anquises y cuñado del rey de Troya. Por su buen juicio y su piedad, los troyanos respetaban su consejo en mucho, y por su bravura en el combate, temían los griegos su brazo. Decían que era hijo de Afrodita misma, pero nada de ello impresionaba a Diomedes, quien blandiendo su lanza, salió a la carrera en busca de la preciada presa.

Al lado de Eneas combatía el habilísimo arquero Pándaro, cuyas certeras flechas siempre se cobraban víctimas. Como vieron los dos troyanos que iba a por ellos el imparable Diomedes de Argos, de fama parecida al mismo Aquiles, Pándaro cargó su arco y disparó hacia él para intentar pararlo. La punta de su flecha atravesó el escudo del griego. Diomedes aprovechó entonces que el arquero tenía que volver a cargar para lanzarle su venablo sin perder tiempo. Incapaz de reaccionar, el troyano la recibió en la boca y cayó hacia atrás, muerto en el acto. Gritando encolerizado, Eneas interpuso el escudo y corrió al choque con el enemigo.

Como ambos habían perdido sus picas, se encontraron sus espadas en un saludo de muerte, y luego se enzarzaron en un singular baile de metal entrechocante. Los soldados que luchaban cerca miraban de reojo y admiraban la pericia con que se bloqueaban los ataques, se buscaban las partes desprotegidas del cuerpo, se fintaban y contraatacaban. Uno y otro avanzaban y retrocedían en cada embestida sin que ninguno doblegase al adversario. Así se prolongó el combate hasta que Eneas tropezó con una piedra y perdió la oportunidad de rechazar el golpe enemigo. El cobre le hirió la cadera, haciéndole saltar el casco, y lo postró de rodillas. Se apoyó en el suelo con el puño, la visión ennegrecida por el dolor, perdiendo el mundo de vista. Iba Diomedes a asestarle el golpe de gracia y enviarlo al reino de Hades, ya descendía la espada, pero entonces sucedió un prodigio: el bronce se le escurrió de la mano a pesar de su firme agarre y notó que perdía el equilibrio. En ese momento vio un reflejo de luz en el rostro de su adversario. Una figura sobrehumana, una grácil mujer apareció desde el interior de un nimbo blanco al lado de Eneas y, tomándolo de los brazos, lo alejó de allí, llevándoselo a rastras. En ella reconoció Diomedes la belleza de la diosa Afrodita.

Arrebatado de rabia por la intervención deshonesta, echó mano a su espada caída y, sin albergar ninguna duda en su pecho, salió en persecución de ambos. Apenas los alcanzó, asestó un tajo en la mano de la diosa para que soltara a su hijo, bramando:

—¡Hija de Zeus, este sitio no es para ti!

Gruñó Afrodita, más a causa de la sorpresa que por el dolor, en tanto que manaba la sangre divina, el icor, de la

herida. El rostro de la diosa se oscureció de ira a la vista de aquel inmortal que no temía a los dioses, cuando alzó su voz a los cielos:

—¡Oh, hermano, yo invoco tu ayuda! ¡Préstame la forma de salir de esta lucha cruel para volver al Olimpo a curar la herida que me ha infligido este impiadoso mortal!

Se abrió a su espalda otro nimbo de luz, que dejó salir de su interior a una hermosa criatura, una joven adornada con grandes alas de plumas níveas. Lanzando a Diomedes una mirada refulgente, echó los brazos alrededor de Afrodita en gesto protector. Siguió aumentando de tamaño la esfera de luz como una burbuja sobre el agua hasta devorar a ambas diosas. Antes de desaparecer, Afrodita enunció su vaticinio:

—Tu osadía no quedará sin consecuencias.

Diomedes quedó cegado por la blancura intensa y después lo ensordeció una detonación. Por efecto de la fuerza explosiva, se vio impelido por los aires hacia atrás. Aunque con todo el cuerpo dolorido, intentó incorporarse lo antes posible y al instante comprobó que tampoco Eneas seguía allí. ¿Estaba amañada la batalla? ¿Cómo podían esperar vencer ante enemigos tan formidables?

No bien hubo recuperado la audición, oyó el griterío de sufrimiento y pavor que venía del otro flanco de la refriega. Alzándose, pudo ver que dos carros enteramente labrados en oro arrasaban en formación a través del tumulto y que los griegos salían despedidos a su paso en medio de estallidos de sangre. Diomedes reconoció el aura de destrucción que los acompañaba y el aire le faltó en los pulmones. El menor lo manejaban dos jóvenes inmortales, Fobos y Deimos, a cuyo alrededor centelleaba una nube de rayos broncíneos que,



Una hermosa criatura con alas de plumas níveas llevó a la diosa al alto éter.

cayendo pesadamente, esparcía cabezas y brazos cercenados. Obedecían ambos las órdenes del otro carro, de mayor tamaño. El auriga que llevaba las riendas de los fieros caballos era una mujer envuelta en sangre, Enio, destructora de ciudades. A su lado, bramaba el más aterrador de los guerreros eternos, quien, con solo su mirada ponía a sus oponentes en fuga. Su tez curtida hacía destacar la armadura de oro y plata y el yelmo crestado, que agitaba aterradoramente su penacho. Sus brazos se agitaban a uno y otro lado, cargados de muerte cruel. De un solo golpe, las picas que blandía en sus manos reventaban la caja torácica de sus enemigos, abrían sus vientres, partían sus cráneos, derramando sobre la arena todo lo que contenían. Parecía que no le bastaba con matar al adversario y no era raro que, cogiendo a alguno por el cuello, lo ahogara con sus propias manos para ver cómo se apagaba la luz de sus ojos. De pronto, desde lo alto del carro, buscó con la mirada entre el tropel y, viendo a Diomedes en la distancia, clavó sus ojos inflamados de rojo en él y avanzó una pica en aquella dirección para señalarle con su rutilante punta.

—¡Diomedes de Argos! —rugió Ares el devastador, intentando abrirse paso entre la muchedumbre para llegar hasta donde se encontraba el mortal.

Comprendió enseguida Diomedes que aquel día perdería la vida y volvió a sentir el temor que había experimentado al atravesar las pilas de cadáveres de camino al llano. No era la propia muerte lo que le producía angustia, pues en cada batalla estaba dispuesto a ella, sino la idea de que, después de acabar con él, siguiera aquel dios salvaje aniquilando a los suyos, pues no había gloria alguna en que murieran cruelmente como peones de las rencillas de los dioses. No volverían

los hombres de Argos a ver a sus seres queridos, sus esposas, sus hijos, sus ancianos padres, a muchos de los cuales él conocía. No saborearían nunca más las ricas viandas especiadas con aderezos de las montañas argivas ni el vino fruto de sus viñedos. Y la causa sería su exceso con Afrodita.

Alzando la lanza para que la vieran sus lugartenientes, el príncipe de Argos se dispuso a ordenar la retirada. No dio tiempo a que lo hiciera ni a que nadie atendiera a su señal porque en ese mismo momento una gran lechuza de plumas grises se posó sobre el cadáver de un troyano y una voz dulce sonó en el interior de su cabeza, como si alguien hablara a su mente:

«Mucho te pareces a tu padre, a quien largamente tuve bajo mi protección. Sin embargo, me pregunto, ¿te retiras de la batalla por cansancio o por miedo?».

Diomedes bajó el brazo al darse cuenta de quién era su visitante inesperada.

—Sabia Atenea, portadora de la égida, no me fallan las fuerzas ni me domina el pánico. Son la prudencia y la responsabilidad para con los míos las que me obligan retirarme. Solo somos hombres, mientras que tu hermano domina la muerte a placer.

La lechuza inclinó la cabeza mirándolo con sus ojos enormes, profundos y verdes:

«No temas a Ares ni a ninguno de los inmortales. Ese loco voluble cambia de bando a su antojo, mientras que yo voy a estar siempre de tu lado».

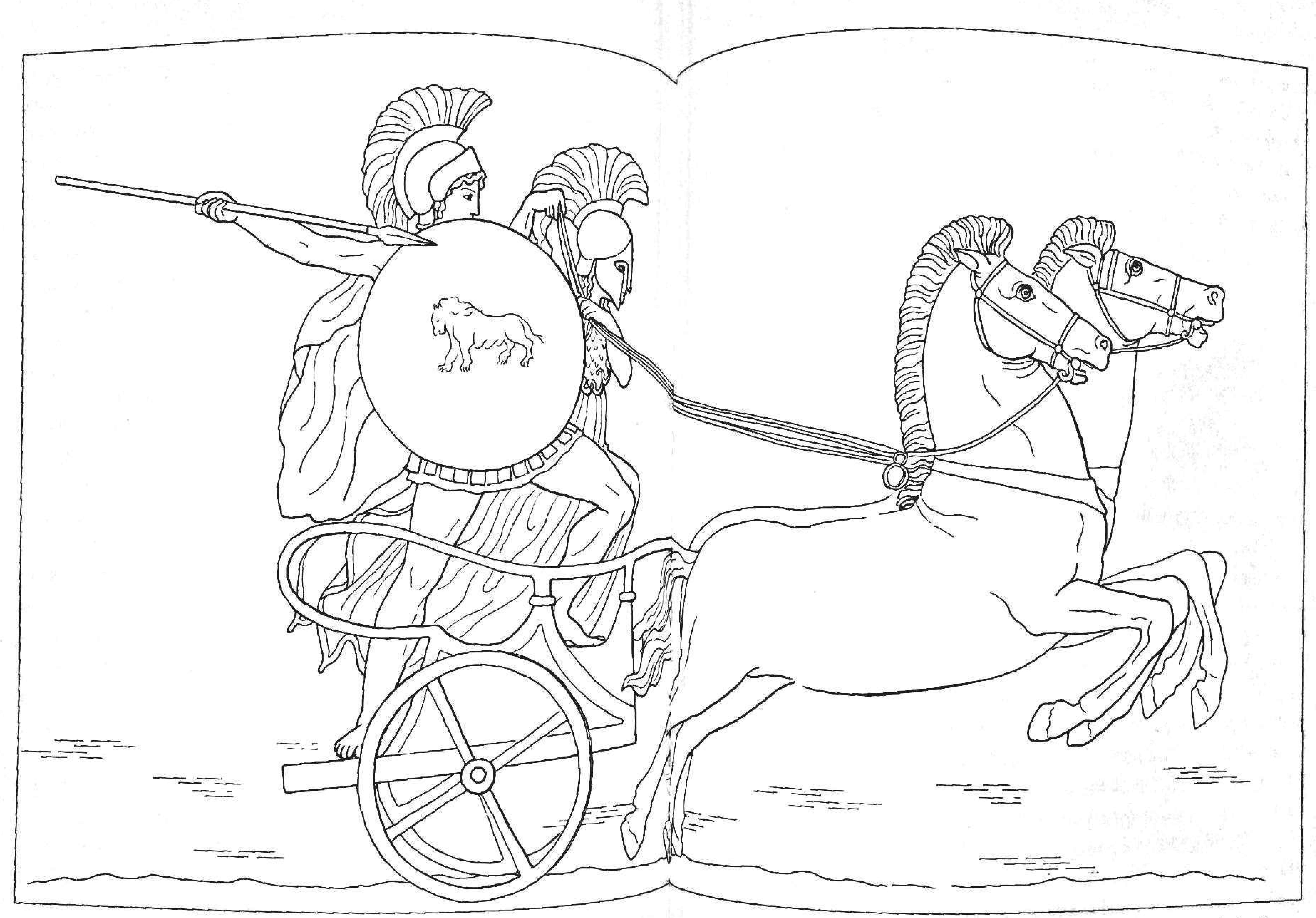
Oyendo esas palabras, una súbita serenidad invadió el ánimo del guerrero. Oyó relinchos a su espalda y, al volverse, vio que llegaba hasta él un carro de plata tirado por hermo-

sísimas yeguas. Lo conducía una guerrera de cabello dorado, cubierta por un halo deslumbrante y por completo pertrechada para la batalla. Deteniéndose a su lado, adelantó ella la mano para ayudarlo a subir. Luego sacudió las riendas y, con un poderoso empellón, salió volando adelante el carro. Al verlo venir, Ares saltó a tierra desde el suyo para esperarlo. Como un heleno que estaba cerca lo vio con la mirada fija en la lejanía, pensó que estaba distraído y arremetió contra él por un costado, pero, tan pronto como intentó alcanzarlo con su venablo, giró el dios todo el cuerpo, sujetando el asta contraria para atraer a su portador contra su propia pica. Le atravesó el pecho, perforando su coraza, y luego, arrancándola ostentosamente ante la vista de Diomedes y Atenea, soltó un bramido de furia divina que heló hasta el tuétano de los huesos a todos los que combatían en el llano.

Ya se echaba encima el carro y Diomedes se preparaba para disparar. Del mismo modo, Ares sopesó la lanza teñida de rojo con el brazo derecho y avanzó varios pasos al trote, atrasando el brazo para preparar su lanzamiento. Sin embargo, cuando ya estaba a su alcance, vio que Atenea se situaba delante del heleno a modo de escudo, y el dios dudó, pues, aunque estaba claro que ella buscaba el enfrentamiento con él, no quería que más tarde lo acusaran de haber sido el primero en atacar. Su astuta hermana intentaba provocar su enojo, pues sabía que, si chocaban los olímpicos cuerpo a cuerpo en la arena de Troya, su padre se pondría de parte de su predilecta.

Justo antes de llegar, el carro viró a un lado de manera que ayudó con ese mismo impulso al disparo del caudillo argivo. Lanzó el proyectil Diomedes con toda su fuerza en ese momento, pero Ares, agachándose, levantó el escudo, colocándolo horizontal, y desvió la lanza haciendo que solo rascara su superficie y se perdiera volando a su espalda. Sin dejar pasar un instante, el griego saltó a tierra con otra lanza en la mano, y, como vio que Ares se llevaba la mano a la espada, apenas la sacó y abrió la guardia, buscó colocar la punta directamente en su nuez. El dios intentó bloquear el ataque con la espada, pero el empuje del mortal era poderoso y solo logró desviarla. El bronce le desgarró la piel del cuello. Retiró el griego el arma mientras veía otra vez manar la sangre divina y pareció que el tiempo se detenía.

Incrédulo, Ares no hacía más que mirar a su enemigo. La furia que palpitaba en sus ojos había dejado helado a Diomedes, que ahora se arrepentía de lo que se había atrevido a hacer. El escudo del dios cayó al suelo y dejó a la vista los potentes músculos de sus brazos y sus piernas, que parecían fabricados con algún metal divino de propiedades asombrosas, dúctil e inquebrantable a la vez. Cuando finalmente se movió, dando un paso hacia el mortal, fue suficiente para que este se echara atrás con el corazón encogido. Alzó la espada el dios guerrero en su avance, con los labios apretados, al tiempo que el griego reculaba otro tanto más. Veía Diomedes que iba ya a descargar su ira eterna sobre él cuando, de pronto, del cielo despejado, cayó serpenteando un violento rayo sobre el filo enhiesto de la espada del dios y, en apenas un suspiro, envolvió el cuerpo de Ares con sus zarcillos exaltados hasta cubrirlo por completo. Cuando se disipó la energía en sonoras chispas, desvaneciéndose tan repentinamente como había venido, el dios ya no estaba allí. Buscó Diomedes alrededor, desconcertado, pues no solo había



Atenea sacudió las riendas y el carro de plata salió volando hacia la batalla.

desaparecido su contrincante, sino también Fobos, Deimos y Enio. Y, con ellos, Atenea se había esfumado también. Se desplomó el príncipe de Argos sobre sus rodillas, jadeando. Los eventos extraordinarios de aquel día lo habían dejado sin aliento. No obstante, los hombres seguían matándose en la llanura de Troya como si no hubiera mañana.

5

EL DOLOR DE LOS DIOSES

Vagaba solitario y taciturno Ares por los bosques de las afueras de su palacio. El cielo se oscurecía en el oeste y las estrellas salpicaban ya la helada noche. Tumbado en la hierba, observando el cambio de los colores en las nubes, parecía calmado su ardor guerrero. Sin embargo, no dejaba de atormentar sus pensamientos la evidencia del trato que una y otra vez recibía de los suyos.

Gracias al cuidado de su hermana Hebe, se había recuperado fácilmente de la trivial herida física que había recibido del príncipe de Argos, pero las llagas en su orgullo se curaban más lentamente, pues su padre lo había arrancado del campo de batalla ante los ojos de todos los eternos con una violencia que le resultaba humillante.

Ya la noche se cerraba sobre él y volvía a calmarlo con su quietud. Vio una estrella fugaz y la siguió hasta que desapareció en el horizonte. Entonces se dio cuenta de que no

descendía tan lejos, sino en el bosque mismo. Con gesto disgustado, se levantó y se puso en camino de regreso a casa, en dirección contraria al lugar donde había caído la estrella.

Se abría paso entre la espesura, caminando sobre la tierra musgosa, cuando vio una figura que lo esperaba más adelante, a los pies de un antiguo y enorme roble. La divina Afrodita acudía a él una vez más ataviada con ropas vaporosas, ceñido a la cadera el cinturón que pronunciaba aún más sus pródigas curvas.

—¿Me evitas? —dijo ella.

—Las palabras de mi padre fueron claras. No volveré a participar en la guerra —respondió él mientras continuaba su camino, extraviándose gozoso en las estrellas, porque su brillo le enfriaba el ánimo.

Afrodita se unió a él para caminar a su lado.

—La guerra seguirá con dioses o sin ellos, y finalmente, volverá a reclamarnos, porque hay asuntos que no pueden dejarse al capricho de los mortales. En ese empeño se ciega de modo absurdo el soberano celeste.

Nada adujo Ares a esas palabras, aunque no por ello dejaron de hacerle mella. Bien sabía que Afrodita estaba en lo cierto. Aun así, se había propuesto evitar más humillaciones. Apretando el paso, logró desalentarla de su persecución. La diosa se quedó atrás, contemplando cómo el dios guerrero se escondía en la tranquilidad de su retiro.

◇◇◇

La larga melena quedó flotando al viento cuando la amazona se quitó el yelmo para otear el terreno en derredor. Su montaraz belleza, tan amenazadora como sus armas, no pasó

desapercibida a los guerreros troyanos que luchaban a su lado, pero Pentesilea no hizo el menor caso de sus miradas oblicuas, pues tenía su mente puesta en la batalla y en encontrar en ella a un digno rival. La belicosa sangre del dios que le dio la vida, poniendo su simiente en la ninfa Otrere, había hecho de ella una excelente combatiente y la reina de las más temibles guerreras de la anchurosa tierra.

En aquella docena de mujeres que habían venido del gran mar interior, más allá del Helesponto, habían encontrado los troyanos una nueva esperanza de encauzar aquella guerra que parecía haberse vuelto irremisiblemente en su contra desde que el infame Aquiles, el caudillo de los mirmidones, matara al príncipe heredero y comandante de las fuerzas troyanas, el noble Héctor. Solo aquellas doce guerreras eran capaces de insuflar ánimo a sus compañeros, pues eran iguales al propio Ares en su temperamento, pero, al mismo tiempo, les causaban reverencial respeto, pues no eran mujeres afables ni respetuosas con las leyes, sino que se dejaban llevar por la violencia fácilmente.

La amazona humedeció sus dedos con la sangre que empapaba el filo de su hacha de corte profundo y luego se pintó las mejillas con el cálido rojo. Volviendo a recogerse la melena, que ya había aireado lo suficiente, se colocó de nuevo el yelmo, y, blandiendo en la otra mano una aguda jabalina, corrió hacia el grueso de la muchedumbre. Al llegar a su linde, dio un poderoso brinco para lanzarse a su corazón mientras soltaba el bramido que oscureció el ánimo de los griegos, pues a todos les trajo a la mente el mar chocando contra las rocas de la costa y anegando la tierra con su poder incontenible.

Se extendían por el dilatado llano ambos ejércitos en furioso tumulto, retumbando el cielo con el vocerío, el choque de metal, el crujido de los huesos. Chasqueaban los arcos antes de oscurecer el cielo de granizo mortal, que, al llover sobre los hombres, dejaba el suelo encharcado de sangre. Zumbaban a uno y otro lado los repetidos golpes de lanza y espada, perforando yelmos, derribando penachos, partiendo escudos. Raudales de sudor negro y espeso chorreaban de los cuerpos de los combatientes, mezclándose con la sangre cuando recibían la temida herida que quebrantaba sus miembros.

Destacaba en el tumulto la bravía Pentesilea, quien, parecida a una pantera de negro pelaje que se abriera paso entre ganado indefenso, golpeaba vigorosamente con el hacha y la lanza las robustas corazas y escudos y, cortando y atravesando sin piedad los cuerpos, se teñía toda ella de rojo. Los helenos se retiraban a su paso con el corazón estupefacto y ella los perseguía y los diezmaba, causando una ola tormentosa en medio del combate en la que no eran pocos los que caían aplastados por sus compañeros.

En el otro flanco sobresalía también el incontenible Aquiles de Ftía, con su armadura centelleante, obra de un dios, la misma que vistiera para despojar a Héctor de la vida. Al frente de sus mirmidones, vestidos de negro, se veía al heleno corriendo velozmente por el campo de batalla y acometiendo contra los troyanos con tal ferocidad que caían unos tras otros semejantes a ligeras hojas que un huracán se llevara por delante. Apenas puso los ojos en él, supo Pentesilea que había hallado al fin al oponente que buscaba.

—¡Hijo de Peleo, vas a pagar la alevosa afrenta cometida contra Príamo! Es fama que eres de los griegos el mejor,

pero no escaparás a mi bronce sin que te arranque el alma de los miembros y la arroje al reino de los muertos.

Así gritó la amazona y, con la determinación de una bestia carnívora, se abalanzó hacia el heleno. Aquiles quedó sorprendido por la fiereza de su acometida y la aguardó con la lanza en alto. Fue la noble amazona la primera en arrojar su venablo, que alcanzó el escudo de Aquiles, pero rebotó hecho pedazos, pues tenía el broquel divino la dureza de una roca. Ella, no obstante, viendo que el otro todavía parecía estupefacto, llevó atrás la mano del hacha para darle impulso y disparó. Voló la recia arma dando vueltas sobre sí misma y Aquiles fue de nuevo a interponer el escudo, pero había sido tan veloz el lanzamiento y tan diestra Pentesilea en su intento de colocarlo entre los brazos del otro, que no llegó a tiempo. En un suspiro alcanzó la coraza y se clavó en ella con un estruendo metálico. Sin embargo, no se hundió mucho más ni rozó siquiera la piel del guerrero, aun ansiosa como estaba de llegar a ella. La sorpresa pasó entonces del rostro de Aquiles al de la amazona, que ahora se lamentaba de haber arrojado en vano sus armas contra una obra de los dioses.

Dijo Aquiles, viendo el gesto que ponía ella:

—¡Qué inútiles han sido las palabras con las que orgullosa llegaste! Por completo había enloquecido tu corazón cuando me amenazabas con la muerte, pues no hay fuerza en tus brazos para cumplir tal promesa.

Tras hablarle así, se lanzó hacia ella con ímpetu blandiendo en su robusta mano la enorme lanza de fresno con que había asesinado ya a ejércitos enteros. Ella lo vio caer sobre sí, incontenible, y de inmediato sintió un mordisco brutal por encima de su pecho diestro. Llevándose la mano a la herida,

vio que manaba a borbotones la negra sangre. Se le aflojaron los miembros, la noche ensombreció sus ojos y hasta sus entrañas penetraron los dolores. Pero aun así no perdió el aliento y, advirtiendo que su enemigo volvía a retrasar la lanza para asestarle otra punzada, se llevó la mano a la espada. Aquiles admiró su entereza al verla desenvainar llevando al límite sus fuerzas. Pero, en cuanto ella se movió, volvió a traspasarla con tal ímpetu que le ensartó las vísceras por medio del vientre.

Cayó ella de lado, discretamente, de modo que perdió el casco de la cabeza y enseguida se desparramó su montaraz melena por el suelo y se mezcló su sangre con el polvo. Aquiles vio sus profundos ojos, donde la vida perdía su brillo, pero le pareció que todavía centelleaba la belleza del principio del universo. Se inclinó ante ella, con todas sus armas, porque no pudo evitar el impulso de acariciarle el cabello y las mejillas en un intento de confortarla en su momento postrero. ¡Qué extraordinaria guerrera cuyo vigor había tenido que quebrantar! ¿Qué ladina potencia inmortal la había engañado para que se enfrentase a él? Por culpa de ella yacía en el polvo como pasto de perros y aves de presa aquella desdichada.

Todavía en su muerte resplandecía su rostro, semejante a los rayos del sol; incluso yaciendo en la sucia tierra se mostraba sublime la hermosura de sus delicados labios, sus rosadas mejillas, su piel aterciopelada. Fueron rodeándola los griegos y, al verla, se maravillaban, porque parecía verdaderamente que, en lugar de una mujer agonizante, fuese la indomable Ártemis, durmiendo con los miembros agotados después de haber estado combatiendo por los altos montes contra fieros leones.

Cuando exhaló su último suspiro, Aquiles sintió inflamarse un gran tormento en su corazón, el mismo de antaño, cuando



Cuando Pentesilea exhaló el último suspiro, Aquiles sintió una gran tristeza.

fue abatido su compañero Patroclo. Amargamente lamentaba haberla matado, cuando, muy al contrario, tenía que haber hecho de ella su princesa, la futura reina de Ftía, pues jamás había conocido una mujer de semejante porte y belleza, de semejante arrojo, tan intachable.

∞

El sol bañaba con su poder los jardines del palacio de Ares en Tracia, donde se entregaba él a los ejercicios atléticos con una dureza que parecía, se decían sus sirvientes, menos encaminada al cultivo de su fuerza y su agilidad como al castigo de su cuerpo. Cuando dio por finalizada la severa sesión, acudió a los baños de la mansión para que lo lavasen y después se dispuso a tomar el refrigerio que, en su gran salón, le tenían ya preparado. Estando en ello, reclinado en su asiento, le anunciaron la llegada de una visitante inesperada, a la que él, sin abandonar su asombro, mandó hacer pasar. Entró en la sala su hermana Atenea, radiante en sus ropas blancas, totalmente desprovistas de sus arreos guerreros en una señal que pedía la tregua. Ares se alzó al verla. Ella, de pie frente a la mesa, se encontraba tan incómoda como él.

—Eres un dios —dijo, turbada— y cuenta de ello has dado por el mundo, dejando tu huella, sembrándolo con hijos e hijas de afamado coraje que honra el poder de su padre. Pero eres conocedor, igual que yo, de que ese poder no es suficiente frente a la voluntad de los hados. Por mucha valentía que corra por las venas de un mortal, siempre acaba conociendo el fin de sus días.

Tal diciendo, quedó ella reflexiva, como si midiera delicadamente sus siguientes palabras. Ares, que había aprendido

a esperar intrincadas estratagemas de su astucia, intentaba imaginar el motivo de tan extenso preámbulo.

—Exijo que hables claro.

Fijó sus ojos verdes, vivaces, en los de su hermano. No se le escapó a él la angustia que los hacía estremecer. Finalmente, confesó la sabia diosa lo que había venido a decir:

—Tu amada hija Pentesilea ha muerto en la llanura de Troya a manos del heleno Aquiles, el hijo del rey Peleo de Ftía y la nereida Tetis.

Al punto desapareció el color del rostro de Ares y se extravió su mirada. Desde siempre habían sido las amazonas, mujeres valerosas y de ánimo incontenibles, sus hijas favoritas, pero, entre ellas, descollaba por su brillo propio la indómita Pentesilea. Como un alto ciprés en medio de un vendaval, se tambaleó el dios por un momento, sintiendo que la acerada punta de una pica le perforaba el corazón con la saña de la que ningún enemigo real era capaz. Apremiantes pensamientos tomaron al asalto su mente en sublevación enfervorizada. De súbito no pudo soportar seguir allí, sino que sintió que tenía que mancharse las manos con la sangre del asesino; no solo del ejecutor, sino de toda su estirpe, de todos sus seres cercanos, de todo su pueblo, de toda aquella parte del mundo con todo lo que contuviera. Con ira irrefrenable, gritó:

—¡Que no se enfurezcan los olímpicos conmigo porque vaya hasta las puertas troyanas a vengar la muerte de mi hija, porque solo me detendrá el rayo de Zeus, que fulmine este cuerpo que me envuelve y me envíe a penar al Tártaro con los titanes!

Salió apresurado en busca de sus armas. Atenea lo siguió, consternada:

—¡Debes temer la ira de nuestro padre! No solo ha decretado una tregua, sino que Aquiles de Ftía es su protegido. Así se lo ha demandado Tetis y él lo ha concedido.

En la sala de las hachas, donde se hallaban su armadura expuesta y bien guardado su armamento, el dios comenzó a ceñirse las grebas, los brazaletes, la coraza. Como desoía las razones de su hermana, se puso ella delante de él para hacerlas más insistentes, diciendo:

—¿Es que no tienes oídos para la cordura? Quizá sea esta la prueba más dura a la que jamás te haya sometido Zeus omnipotente, pero debes escuchar: templa tu enojo por la muerte de tu hija.

Cruzándose el tahalí, con la espada en su vaina, alrededor del hombro, el dios se encaminó en busca de sus lanzas, que aguardaban enhiestas en su estante. Quiso cerrarle el paso Atenea y se puso en medio. Ares le dirigió una mirada colérica:

—¿Por qué no logro que aceptéis mi naturaleza? Soy tan poco responsable de ella como vosotros de la vuestra. ¿Le exigís acaso el mismo esfuerzo a Deméter para que frene la exaltación de la vida en las cosechas? ¿Afeáis a Hefesto su habilidad en la fragua? No, a todos ellos los celebráis y requerís su potencia.

Haciéndose a un lado, Ares llegó hasta el estante y blandió una de sus lanzas. Atenea lo seguía de cerca.

—Recoges lo que siembras, hermano. Si no escasean en la ciudadela celeste los que te aborrecen es porque amas las riñas, las luchas, las peleas. Tu espíritu es soberbio. No cedes ante nada.

—Soy sangre de vuestra sangre y también mi poder cumple una función en la creación. Al enfrentarse unos con otros, los hombres tienen el instrumento definitivo para resolver

sus diferencias y, asimismo, alivian al mundo de sus desequilibrios. Los pueblos se concentran alrededor de sus caudillos y establecen alianzas con quienes son más afines. De este modo se protegen de las amenazas, aseguran su supervivencia, salen adelante.

Oyendo las justificaciones de su hermano, Atenea enrojeció de ira.

—¡Odio, discordia y violencia! ¡Eso es lo que manifiesta tu verdadera naturaleza; eso es lo que siembras a tu paso! ¡Fuiste a conocer a los mortales y los convertiste en monstruos homicidas!

Dejándose llevar por el acaloramiento, Atenea echó mano al brazo con que Ares sujetaba la pica. Al notar su contacto, sintió un cataclismo el dios en su interior, que, naciéndole de la aflicción que hería su pecho, revolvió todo su cuerpo en un instante. La explosión de su furia produjo asimismo el estallido del halo divino que lo envolvía, que sacudió toda la sala, echando a tierra las armas apoyadas en las paredes, resquebrajando la piedra. Ágilmente se había protegido Atenea escondiendo la cabeza detrás de los brazos cruzados, sin poder evitar por ello que la energía liberada con tal violencia la empujara hacia atrás, dejando dos surcos sobre el suelo allá donde afianzó ambos pies. Después de la detonación, alzaron los dos miradas torvas en busca del otro. Como vio que su hermano descendía hacia ella la punta de su jabalina, bien sujeta con ambas manos, como con intención de acometer contra ella, agitó el brazo la diosa de modo que al punto se formó en su mano, recubierta de luz, su mejor pica.

Quedaron frente a frente los dos hermanos, las puntas de sus lanzas casi tocándose en el centro de la sala, aferrándolas

los dos sólidamente por las astas, en preparación de un choque que anticipaba provocar una nefasta destrucción en el mundo a lo largo de su transcurso. Conocía perfectamente cada uno los movimientos del otro, sus virtudes, sus defectos, sus vicios y costumbres en el combate. Se contemplaban las manos, los brazos, el gesto, evaluándose. ¿Quién sería el primero en atacar? ¿Por dónde acometería, qué maniobra pretendería?

Se dio cuenta Ares de que su hermana relajaba los músculos de la cara, que iba finalmente a moverse, a hacer su primer intento. Se abría al fin la batalla. Apretó las manos alrededor de la madera, pretendiéndose impasible. Con asombro vio entonces que Atenea bajaba el venablo, abría la guardia, se incorporaba. Finalmente, soltó el arma en el suelo de modo que cayó esta con un golpe resonante. Una lágrima caía por la mejilla de la diosa.

—No solo es respetable tu dolor y digna tu ira, sino que muchos los compartimos. La bizarría de tu hija amazona solo tenía igual en su hermosura y en la nobleza de su alma. Ahora bien, muchos como ella han muerto y morirán, porque es el sino de los mortales y ni siquiera nosotros podemos cambiarlo. No podemos salvar a los hombres. No está en nuestra mano.

Acercándose a él, pasó junto a la punta de la lanza sin que el dios hiciera gesto alguno de atacarla. Ares se había quedado inmóvil en el exterior, pero su interior estaba revuelto de aflicción y las palabras de su hermana resonaban con amargura en él. Poco a poco lo despojó ella del yelmo, soltándolo con cuidado, y luego comenzó a aflojarle las correas de la coraza. Él la miraba, intentando beber desesperadamente

la luz de sus ojos. La vida de los hombres no podía escapar al sufrimiento, porque, apenas nacían, sabían que sus días estaban contados y que su existencia era un viaje al galope en busca de la muerte. Sin embargo, pensaba Ares, que tanto tiempo había pasado junto a ellos, por eso vivían tan intensamente cada uno de sus momentos, porque cada día era uno menos y podía ser el último. Al cabo de todo —se dijo, comprendiendo de pronto—, había hallado saber de mano de los mortales: la certeza de que el sufrimiento y la felicidad eran las dos caras de la misma moneda. A pesar de todo su poder, no podía evitar la pérdida de sus hijos. Qué poco poderosos resultaban ser los eternos, entonces.

Aflojando las manos con que sujetaba la lanza, la echó a un lado. Atenea lo miró con sus ojos enormes, tan sabios, tan radiantes que llenaban de calor a quien los contemplaba. Viendo el destello de la comprensión en los ojos de su hermano, le puso la mano en el hombro con delicadeza. Él agachó la cabeza, resignándose al destino de sus vástagos del mismo modo que, se daba cuenta, su padre Zeus, el soberano celeste, se veía obligado a hacer con los suyos. En ese momento, como si de una marca del advenimiento divino se tratara, un terrible trueno resquebrajó el cielo y, sacudiendo los cimientos del mundo, se hizo sentir al mismo tiempo desde las costas hasta las más altas cimas. Por fin el hijo y el padre compartían un mismo sentimiento.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Ares representa la cara más destructiva, atroz y sangrienta de la guerra, la fuerza bruta aplicada a la aniquilación del contrario. Por ello, es un dios que no despertaba las simpatías ni de los griegos, que lo consideraban un tracio, un extranjero, ni del resto de divinidades olímpicas.

Los antiguos griegos distinguían entre dos tipos de guerra. Por un lado, estaba el combate heroico, basado en el valor personal, pero también en la inteligencia, la estrategia, la táctica, sin olvidar la nobleza del vencedor con el vencido. Es la guerra que representa Atenea, diosa guerrera, pero que sabía aunar el empuje bélico con la prudencia. Por otro lado, estaba la fuerza bruta, ciega e irreflexiva aplicada a la destrucción por el simple placer de ella, al derramamiento de sangre indiscriminado y gratuito, sin que importara la justicia de la causa defendida. Esta es la lucha que personifica el dios Ares. Para él, la guerra es un puro arrebato homicida que se expresa en el desaforado griterío con que acompaña sus golpes.

Ni que decir tiene que las simpatías de los griegos estaban con Atenea, no con Ares. Y no porque los griegos abominaran de la violencia (sus mitos y su propia historia, tan repleta de guerras intestinas, dan cuenta de que el suyo no era un talante precisamente pacifista), sino porque Ares ni siquiera era un buen guerrero,

como lo demuestra el ridículo hecho en los enfrentamientos, tan representados en los vasos de cerámica griega, con su hermana Atenea o con héroes mortales como Hércules y Diomedes. En ellos siempre acaba herido o humillado, cuando no ambas cosas.



La rivalidad entre Atenea y Ares, representativa de dos maneras de entender la guerra, se aprecia en esta crátera de figuras negras de la segunda mitad del siglo VI a. C. (British Museum de Londres). Atenea (a la izquierda) y Ares se embisten con sus lanzas mientras Zeus intenta mediar entre sus dos hijos.

UN DIOS EXTRANJERO

El de Ares es un caso particular dentro del panteón olímpico. Es hijo legítimo de Zeus y Hera, pero, lejos de inspirar respeto o devoción, lo que despierta es cierto desprecio por ese comportamiento brutal, pero también inconsciente y en el fondo torpe, de que hace gala. Como lo definió el trágico Sófocles (496-406 a. C.) en su *Edipo rey*, es «el dios sin honor alguno entre los dioses». El mismo Zeus no esconde el desdén que siente hacia su hijo: «¡No me vengas,

veleidoso, a gimotear sentándote a mi lado! Eres para mí el más odioso de los dioses dueños del Olimpo, pues siempre te gustan la disputa, los combates y las luchas. Tienes el furor incontenible e irreprimible de tu madre, de Hera», exclama en el quinto canto de la *Ilíada* de Homero (siglo VIII a. C.), después de que Ares se presente a él herido por Diomedes. Y concluye: «Si hubieras nacido de otro dios, siendo así de destructor, estarías hace tiempo en sima más honda que los hijos de Urano [los titanes]». Todo lo contrario ocurre con Atenea, su hija más querida. En ese Olimpo, los únicos que parecen sentir aprecio por Ares son Eris, la diosa de la discordia, Hades, que gracias a él ve cómo el inframundo se llena de las almas de los héroes muertos, y... Afrodita, la diosa de esa otra guerra que es el amor.

Este desapego hacia Ares se aprecia también en la consideración de divinidad extranjera que tenía entre los griegos. Concretamente se lo hacía oriundo de Tracia, una tierra bárbara y semisalvaje cuyos habitantes concebían la guerra poco menos que como un pasatiempo. Según los autores antiguos, su culto se habría extendido desde ahí a los pueblos griegos del sur, aunque solo llegaría a arraigar en la región de Beocia y en la más importante de sus ciudades, Tebas. El mito de su fundación por parte del fenicio Cadmo está estrechamente ligado a él: Cadmo dio muerte a un dragón que era hijo del dios, sembró sus dientes y de ellos surgieron unos guerreros, la mayor parte de los cuales se exterminaron entre sí, aunque los que quedaron con vida acabaron formando la aristocracia tebana. Eran, por tanto, descendientes de Ares. Y lo mismo los hijos de Cadmo, quien se casó con Harmonía, hija del dios y Afrodita. Fuera de Tebas, se le rendía culto en Gerontras (Laconia) y Halicarnaso (actual Bodrum, Turquía), donde había templos consagrados a él. Pero lo cierto es que estos no abundan en la geografía griega. En

Atenas, lo que había era una colina que todavía hoy recibe su nombre, el Areópago («colina de Ares»). Según el mito, allí los olímpicos se reunieron para juzgar a Ares por el asesinato de Halirrotio, aunque en esa ocasión fue absuelto pues el homicidio había sido para defender a su hija Alcipe de ser violada. En recuerdo de ese juicio divino, la colina acogía una magistratura que se ocupaba de asuntos religiosos, asesinatos e incendios premeditados.

Ese origen extranjero de Ares se ve también refrendado por el hecho de que el dios luche en la guerra de Troya no al lado de los griegos, sino de los troyanos. Sin embargo, la arqueología viene a desdecir el mito. Las excavaciones llevadas a cabo en el palacio cretense de Cnosos han sacado a la luz unas tablillas en lineal B (el sistema empleado para escribir griego micénico) datadas hacia el siglo XIV a.C., en las que se identifica el nombre de Ares. Una de ellas reza: «Una medida de aceite… a todos los dioses, a Ares». La etimología griega de ese nombre, que viene a significar «ardor combativo» o «tumulto del combate», indica también que se trata de una divinidad autóctona. Si acabó «extranjerizándose», bien pudo ser por ese carácter bárbaro tan aborrecido por los griegos.

EL PADRE DE ROMA

El desdén griego hacia Ares halla su reverso en su traducción romana, Marte. Elocuentes al respecto son los epítetos dedicados a uno y otro: si el primero es, según la *Ilíada*, «estrago de mortales, manchado de crímenes, salteador de murallas», además de «asesino», «homicida» y «violento», el segundo es, sencillamente, el «padre». Tiene sentido, pues los romanos se reconocían descendientes de ese dios a través de los gemelos fundadores de Roma, Rómulo y

Remo, nacidos de la unión entre Marte y la vestal Rea Silvia. Si se tiene en cuenta que esta tenía entre sus ancestros al troyano Eneas, hijo de la Afrodita romana, Venus, y del mortal Anquises, los romanos podían presumir de unir en su linaje al dios de la guerra y a la diosa del amor. La loba, uno de los animales asociados a Marte y al mito de Rómulo y Remo, fue elevada a la categoría de símbolo de la Ciudad Eterna y de su imperio.

Desde antiguo, Marte daba nombre a marzo, el primer mes del calendario romano, pues señalaba el fin del invierno y, con él, el comienzo tanto del ciclo agrario como de las campañas bélicas. Aunque donde mejor se aprecia la estima que los romanos profesaban a esta divinidad es en los espacios, templos y festividades que le dedicaron. En la misma Roma se hallaba el Campo de Marte, una amplia explanada que debía su nombre a un altar consagrado al dios y que era el lugar donde, en tiempos de la República, se reclutaba anualmente al ejército. A partir del emperador Augusto (63 a.C.-14 d.C.) fue transformada en una grandiosa zona monumental al servicio de la propaganda imperial. El mismo Augusto fue el impulsor del templo de Marte Vengador, erigido con motivo de su victoria en la batalla de Filipos sobre los asesinos de Julio César, su padre adoptivo.

En cuanto a las festividades, el 27 de febrero y el 14 de marzo se celebraban las Equirria, unas carreras de caballos y carros que, además de honrar al dios, alentaban a los soldados ante el inicio de nuevas campañas. Al fin de estas, y también del ciclo agrario, el 15 de octubre se festejaba el Equus October, otra carrera de carros que acababa con el sacrificio en honor a Marte del caballo de la derecha de la biga vencedora. Pocos días más tarde, el 19 de octubre, lo que tenía lugar era el Armilustrium, la fiesta de purificación de las armas, que eran guardadas hasta el siguiente ciclo bélico.

Marte, de la agricultura a la guerra

El Ares romano, Marte, es inequívocamente una divinidad guerrera. Tanto, que ha dado origen al adjetivo «marcial», relativo a la guerra, la milicia y el ejército. Pero en la antigua religión itálica, antes por tanto de la asimilación que los romanos hicieron de sus dioses a los del panteón griego, parece ser que Marte era más un dios agrario y de la vegetación que bélico. Más concretamente, era un dios asociado a la primavera, pues esta estación es la que marca el inicio de las actividades en el campo agrario, aunque también en el de batalla. Igualmente, era un dios relacionado con la juventud, pues esta, por su vigor, es la que se ocupa de la agricultura y la guerra. Resulta interesante en este sentido una oración que el padre de familia pronunciaba durante la Ambarvalia, un antiguo ritual agrario de purificación que se celebraba cada 29 de mayo y que consistía en una procesión que culminaba con un sacrificio, principalmente a Ceres, pero también a Marte. Esta oración, transmitida por el político y escritor Catón el Viejo (234-149 a.C.) en su tratado *De agricultura*, reza: «Padre Marte, te suplico y te ruego que seas benevolente y propicio para mí, para mi casa y mi familia; con esta intención he mandado que un cerdo, una oveja y un toro desfilen en torno a mi campo, mi tierra, mi heredad, para que apartes las enfermedades visibles e invisibles, la esterilidad y la destrucción, las calamidades y las inclemencias del tiempo, que permitas que mis cosechas y mis trigos, mis viñas y mis plantaciones florezcan y lleguen a la sazón».

UN MAL LUCHADOR

El escaso aprecio que los griegos sentían por Ares halla su más elocuente reflejo en el retrato que de él dan en su literatura. Ya la *Ilíada* homérica acentúa sus rasgos más grotescos: es el dios de la guerra, pero eso no lo hace ni más valiente ni mejor luchador. Al contrario,se lanza al fragor de la batalla pegando alaridos como un energúmeno, con el resultado de que, una vez superado el factor sorpresa de su brutal irrupción, se comporta como un guerrero más bien torpe, que, a la menor herida, sale huyendo al Olimpo. Como en el mencionado canto quinto, cuando, herido por Diomedes, va a quejarse a su padre: «¡Zeus, padre! ¿No te indignas de ver estas crueles acciones? [...] Menos mal que me han sustraído mis rápidos pies; si no, largas penas habría sufrido allí, entre atroces pilas de cadáveres, o me habría dejado vivo, mas inválido por los golpes del bronce». La culpa, como siempre, es de Atenea, quien ha sabido dirigir la lanza de Diomedes contra el dios. Ella es la pesadilla de Ares. Los pasajes que presentan a ambos enfrentándose ilustran a la perfección de qué lado caen las simpatías de los griegos. Así, en el canto vigésimo primero, Ares, «taladrador de la bovina piel, manchado de asesinatos» la acomete con su larga pica mientras la injuria: «¿Por qué otra vez, mosca de perro, enzarzas a los dioses en riña con descarada osadía? ¿A qué te impulsa tu gran ánimo?». Ella, sin inmutarse, lo derriba de una pedrada, para después, riendo, decirle: «¡Necio! ¡Aún no te has dado cuenta de cuán mejor me jacto de ser que tú, que pretendes rivalizar con mi furia!».

No más amable es la imagen transmitida de los lances amorosos de Ares con Afrodita. Uno de los episodios más gozosos se encuentra en la *Odisea*: el de la red con que Hefesto atrapa *in fraganti* a la adúltera pareja y llama a toda la asamblea olímpica para que los vean. No obstante, más de uno, como Apolo o Hermes, se habría cambiado sin

pensarlo por Ares, pues el yacer con la más bella de las diosas bien compensa ese rato de escándalo y vergüenza…

En Roma, la consideración literaria es más seria y respetuosa. Prueba de ello es el poema *Fastos*, de Ovidio (43 a.C.-17 d.C.), dedicado a las grandes festividades del calendario romano. En él se encuentran invocaciones, como la de Rómulo a la hora de dar nombre al mes de marzo o la de Augusto antes de una batalla decisiva, pero lo más curioso es una variante sobre el nacimiento de Marte. Dado que Zeus había dado a luz por sí mismo a una hija, Atenea, Hera (o mejor dicho, Juno, su correspondiente latina) no quiso ser menos y decidió tener un vástago sin la colaboración de su esposo. Lo consiguió gracias a Flora y una de las flores de su jardín: «Toqué a Juno en el vientre y ella se quedó en estado. Y ya embarazada entró por Tracia y las costas de la izquierda de la Propóntide; sus deseos se hicieron realidad y había nacido Marte».

ARES HUMANIZADO

En el terreno de las artes plásticas, abundan más las representaciones en Roma que en Grecia. Aun así, hay que destacar una escultura como el *Ares Ludovisi*, atribuida al griego Lisipo (h. 390-318 a.C.) y que nos ha llegado en una copia romana en mármol. Este es un Ares joven, imberbe, que aparece desnudo, sedente y en actitud de reposo. Ciertamente, no parece un retrato del bruto fanfarrón y sanguinario que dejan entrever los poemas homéricos. Lo mismo puede decirse del *Ares Borghese*, otra copia romana de un original griego, atribuido en esta ocasión a Alcámenes (siglo v a.C.), con la diferencia de que aquí la figura aparece de pie y con casco. La influencia helénica se aprecia en el llamado *Marte de Todi*, una escultura etrusca en bronce del siglo v a.C. en la que destacan la calidad de la armadura y el intento de

representar con naturalidad el movimiento del cuerpo humano. En el Barroco y el Neoclasicismo, estas obras sirvieron de modelo para otras muchas que decoraron palacios y parques, como el *Marte* de Jacopo Sansovino (1486-1570) que preside la entrada al Palazzo Ducale de Venecia. La curiosa aproximación del italiano Antonio Canova (1757-1822) llamada *Napoleón como Marte* recrea la estatuaria clásica, pero dando al dios los rasgos del emperador francés.

Desde Roma, la pintura se ha recreado especialmente en el tema de los amores de Ares y Afrodita. Los frescos hallados en las casas de la Venus de la Concha o de Menandro, en Pompeya (siglo I d.C.), se explayan en la intimidad amorosa de ambos dioses. Pero es a partir del Renacimiento cuando el tema alcanza su máxima expresión gracias a artistas como Sandro Botticelli (1445-1510), Paris Bordone (1500-1571), Paolo Veronese (1528-1588), Peter Paul Rubens (1577-1640), Jacques-Louis David (1748-1825) o Lovis Corinth (1858-1925). Sus pinturas exaltan la capacidad de la seducción femenina para vencer a la fuerza bruta.

No es la única derrota infligida a Ares, pues los pintores se complacen también en recrear su lucha con Atenea. En *El combate de Marte y Minerva*, Jacques-Louis David representa al dios en pleno campo de batalla y vencido a los pies de su hermana, mientras que en *Minerva hace retroceder a Marte*, de Tintoretto (1518-1594), la virginal diosa protege a la Paz y la Abundancia de la asechanza del belicoso «destructor de hombres».

Si algo enseñan estas obras es que los artistas modernos han sido incapaces de tomarse en serio a Ares. La prueba más evidente de ello es el *Marte* de Diego Velázquez (1599-1660). La pose recuerda al *Ares Ludovisi*, pero aquel joven ha envejecido mal: luce mostacho, su cuerpo ha perdido indudablemente vigor y su actitud se ha vuelto melancólica, como si meditara sobre la vanidad de la gloria militar y amorosa.





Arriba, Marte, Venus, Victoria y Cupido *(Museo de Historia del Arte de Viena), una alegoría con la que el manierista italiano Paris Bordone muestra la victoria de la virtud pacífica del amor sobre la fuerza bruta de las armas, todo ello con el colorido típico de la escuela veneciana. Abajo, el* Marte *(Museo del Prado de Madrid) de Velázquez, una mirada descreída de la mitología clásica en la que el dios ya no es el guerrero sanguinario del mito, sino un hombre como cualquier otro. El tratamiento naturalista dado es decisivo a la hora de humanizar la figura y, de paso, desproveer a lo que representa, la gloria militar, de toda grandeza.*

DEL AMOR Y DE LA GUERRA

Impetuoso, violento, irascible, Ares no es un dios que ame la música. Consecuentemente, no son muchas las partituras inspiradas en él, aunque entre ellas se hallen obras maestras como los *Madrigales guerreros y amorosos* de Claudio Monteverdi (1567-1643). En la Italia renacentista y barroca, un madrigal era un tipo de composición de temática profana que se cantaba a varias voces. Monteverdi no solo llevó el género a una de sus cotas más altas, sino que supo también renovarlo al acercarlo a un espectáculo por entonces nuevo como es la ópera. Cada pieza es así un dechado de fantasía que expresa todo el abanico de emociones y equívocos de la guerra y el amor.

Mas si hay una obra musical que se asocie de inmediato a Marte, esa no es otra que la suite orquestal *Los planetas*, del británico Gustav Holst (1874-1934). Su primer movimiento «Marte, el portador de la guerra» es un perfecto retrato del dios con su implacable *tempo* de marcha, su rítmica obstinada e incisiva y su contundente orquestación, elementos que consiguen crear una atmósfera amenazadora, ominosa. Y casi se podría decir que premonitoria, pues pocos días después de acabada la composición en 1914, estallaba la Primera Guerra Mundial. Una contienda de una magnitud que Ares, «destructor de hombres», nunca habría podido imaginar.

Índice